

c. 2

Distr.
RESTRINGIDA
LC/R. 512
7 de julio de 1986
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe



JUVENTUD Y SOCIEDAD EN REPUBLICA DOMINICANA ★/

★/ Este documento fue preparado por el señor Roberto Cassá, Consultor de la División de Desarrollo Social. Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad de su autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

86-7-1034

INDICE

	<u>página</u>
RESUMEN	
INTRODUCCION	1
1. LA JUVENTUD EN LA POBLACION DOMINICANA	5
1.1. Determinantes de la evolución demográfica	5
1.2. El proceso de urbanización	9
1.3. Movimientos migratorios	12
2. NUEVAS FUNCIONES DE LA EDUCACION	19
2.1. Expansión del aparato educativo	19
2.2. La encrucijada de la universidad	27
3. LA JUVENTUD EN EL MUNDO DEL TRABAJO	45
4. EFECTOS DE LA EVOLUCION FAMILIAR	58
5. LA JUVENTUD EN LOS PROCESOS POLITICOS	72
6. CAMBIOS DE VALORES Y DE REFERENCIAS POLITICAS	81
7. SUGERENCIAS PARA LA ACCION	93
NOTAS	96
ANEXO ESTADISTICO	110

RESUMEN

La juventud, como concepto histórico, hace aparición tardía en la República Dominicana a consecuencia del mantenimiento de patrones sociales tradicionales en forma dominante hasta mediados de siglo. El concepto está vinculado a un segmento de la población en el que se desarrollan actitudes propias de un entorno sicosocial en el que se prepara el acceso a la vida adulta. Tal característica supone un cierto avance capitalista en sus consecuencias sobre el ordenamiento de los agentes sociales.

En República Dominicana emergió una relación entre el fenómeno de modernización económica y un conjunto de circunstancias que posibilitaron la configuración del conglomerado juvenil. En particular vale destacar la expansión del sistema educativo y, posteriormente, la democratización de la vida política. Esto último en gran medida fue resultado de los conflictos internos de la dominación trujillista, que se prolongó hasta 1961, de donde provino una tónica dominante de carácter político en el deslinde histórico de la juventud.

Las funciones crecientes de la juventud en el conjunto social tienen por punto de partida una dinámica demográfica que le asigna un peso cada vez mayor; ello se dio primero por medio de un muy elevado ritmo de incremento poblacional, del cual se desprendió la conformación de una composición predominantemente joven; para el período más reciente, si bien se ha reducido la tasa de crecimiento de la población, el peso juvenil no ha descendido, puesto que ha heredado el dinámico ritmo de incremento de décadas ante-

riores. Aunque se comienza a registrar un envejecimiento de la estructura poblacional, la franja que va de los 15 a los 24 años todavía experimenta un incremento relativo.

Por otra parte, las variaciones demográficas han estado dominadas por el proceso de urbanización, lo cual introduce un elemento cualitativo adicional a los papeles de la juventud en el desarrollo histórico. Cabe destacar que en la raíz demográfica de la urbanización acelerada, las migraciones internas, ha incidido un matiz generacional por cuanto se establece una correlación entre población joven y zonas de mayor desarrollo relativo, receptoras de las migraciones.

Uno de los elementos más relevantes de la modernización ha sido la expansión del aparato educativo. De tal manera, un contingente creciente de la población ha tenido acceso a niveles de instrucción que se han insertado en la delimitación de la población joven en los términos antes ponderados. No obstante, la expansión de la educación ha estado mediada por fuertes desigualdades que introducen segmentaciones, al ser el acceso a la educación un prerequisite para la integración a la vida moderna. El mecanismo parte de ritmos crecientes de incremento de la población estudiantil según grados educativos. De tal manera, lo más novedoso ha sido la ampliación de la población con niveles de educación secundaria y universitaria. En el orden inverso, se registra el mantenimiento de muy elevadas tasas de analfabetismo, sobre todo en las áreas rurales, así como de segmentos que no pueden superar los grados más bajos de la educación primaria.

Dentro de la educación universitaria, a su vez, se han registrado otras formas de segmentación. Por ello, después de haber sido un activo mecanismo de promoción social, su impacto ha tendido a disminuir en los últimos años. Es de importancia, a este respecto, la disminución de la calidad global del nivel de la educación universitaria. La relación entre masificación y caída de la calidad ha sido consecuencia de la demanda proveniente de la diversificación económica, al tiempo que ha resultado del contexto de la democratización política. Habiéndose acumulado esos factores, la educación universitaria ha dejado de representar un factor positivo, en el orden político, intelectual y moral, de la población joven, para pasar a encontrarse en un encrucijada. Esto último es imputable, en una medida muy elevada, a las deficiencias del movimiento estudiantil y de los sectores de izquierda que han ocupado significativas posiciones en la jerarquía de la universidad pública.

En ese contexto, el acceso masivo a la educación superior, de haber tenido consecuencias progresivas inicialmente y haber resultado en actitudes contestatarias de la juventud ha pasado a ser un mecanismo funcional para el orden, sobre todo después de la implantación de un régimen democrático en 1978; en ello ha coadyuvado el agotamiento del movimiento renovador que democratizó la educación superior pública tras la Revolución de Abril de 1965, pasando a configurarse un perfil del educando caracterizado por el conformismo, la rutina y el bajo nivel cultural.

En la ampliación de este último proceso ha incidido la irrupción de la educación superior privada. En su versión más reciente, se caracteriza por su indigencia absoluta. En su versión más temprana trató de definir un espacio elitista, vinculado a los requerimientos de los sectores burgueses, lo que ha resultado en un mecanismo de segmentación adicional que, sin embargo, ha tenido muy escasas repercusiones académicas y culturales.

En otro plano, el deterioro del impacto y de la calidad de la educación superior en los últimos años ha estado en relación directa con fenómenos sociopolíticos globales, resultantes de la capacidad intermediadora del orden democrático en los conflictos sociales.

En los últimos años se ha producido un empeoramiento sustancial de las condiciones sociales y económicas de la juventud. La expansión de los años 70 permitió conjugar, hasta cierto punto, el auge de los aparatos educativos y la expansión económica, dando por resultado significativas promociones sociales de los sectores jóvenes. Cuando se agotó el impacto modernizador, sobrevino el impacto de la democratización, el que, a su vez, se ha agotado recientemente.

En particular vale destacar el incremento del desempleo y la aparición de dificultades crecientes para la independencia de los jóvenes a consecuencia de la disminución del ingreso de las grandes mayorías de la población. Se advierte, además, un aumento del subempleo, con mayores consecuencias sobre la población joven.

En gran medida estos resultados están vinculados a las fragilidades que caracterizaran la modernización. Estas se expresaron en líneas confusas en cuanto al predominio de categorías ocupacionales vinculadas a la urbanización. Sobresale el hecho de que el trabajo por cuenta propia haya tenido incrementos parecidos a los del asalariado, lo que se expresa en el peso creciente del empleo precario en sectores informales.

En cuanto a las relaciones familiares, la urbanización se ha manifestado en dos líneas evolutivas a partir de los patrones tradicionales de ordenamiento familiar. Sobrevino, entre los grupos medios urbanos, la familia nuclear moderna, caracterizada por la disociación entre unidad de consumo y proceso productivo. Para los sectores populares urbanos ha redundado en un patrón familiar propio de la "cultura de la pobreza", caracterizado por la desarticulación, los papeles preeminentes de la madre y formas correlativas de comunidad familiar ampliada.

El primer patrón familiar está sometido, de manera creciente, a embates provenientes de reordenamientos sociales y de valores en auge, manifestados en elementos como las elevadas tasas de divorcio. En el segundo patrón familiar se registra una escasa capacidad socializadora de la familia. Ambos elementos confluyen en rupturas intergeneracionales muy acusadas.

Estas rupturas están acompañadas por valores nuevos asumidos por los grupos juveniles. Mientras en los sectores medios se mantienen posibilidades de ajustes, la debilidad de los nexos fa-

miliares en los sectores populares y el entorno de la pobreza lleva a una dura frustración y a una dramática crisis de identidad.

Después de conspicuos papeles como vanguardia de los sectores populares, los contextos referidos de años recientes se han articulado para dar lugar a una frustración política del conglomerado juvenil, base, a su vez, de una profunda crisis moral que se expresa en la indiferencia frente a lo público, la búsqueda promocional de carácter individual a toda costa, la adscripción creciente a los marcos del orden social, la "norteamericanización" y sus secuelas en el consumismo y en la aparición, todavía algo incipiente, de actitudes francamente disolventes expresadas en la delincuencia, la drogadicción y otros fenómenos.

Lo último ha estado accionado por una poderosa corriente emigratoria hacia los Estados Unidos que, de más en más, consume gran parte de las energías de sectores jóvenes urbanos. Otro fenómeno de no menos impacto ha sido la generalización de la corrupción en los medios estatales, lo que, en condiciones de democracia, ha generalizado patrones clientelistas y colocado al peculado como virtud imitable.

A pesar de lo anterior, subsisten importantes reservas morales en una parte de la juventud. Para potenciarlas se requiere considerar nuevos mecanismos operativos, partiendo de la conjugación entre heterogeneidad y unificación. Sobresale lo cultural y lo ético dentro de las instancias que puedan dar lugar a la reconstitución de un movimiento juvenil progresivo.

INTRODUCCION

La juventud es un concepto histórico ajustado a parámetros sociales específicos que adquieren connotaciones relativas en función de las determinaciones que ejercen. (1) En particular, las nociones corrientes de juventud están asociadas, al menos en América Latina, al advenimiento de la sociedad capitalista industrial. Se presuponen efectos diversos en la conformación de las clases, en las distribuciones demográficas, en los aparatos del Estado, etc. En particular, el concepto está vinculado a la aparición de un segmento diferenciado de la población que, al salir de la niñez, ocupa un espacio deslindado del de los adultos en el cual se desarrollan actitudes propias de un contorno sicosocial y se produce la inserción en mecanismos de preparación para el acceso a la vida adulta. La educación desempeña una función decisiva a este respecto no solamente por su papel formativo, sino por cuanto contribuye a definir el perfil típico de lo que modernamente se considera joven.

Ahora bien, en la República Dominicana, tal fenómeno, durante las primeras décadas del siglo, a lo sumo cubría un contingente en extremo reducido. Independientemente de que se puedan establecer relativizaciones a este concepto de juventud, los patrones de reproducción de la sociedad dominicana hasta casi mediados de este siglo

determinaban que el grupo poblacional que se conceptualiza como juventud se limitase únicamente a las franjas minoritarias más elevadas de la población urbana. Es decir, el abrumador mundo rural estaba excluido, y dentro del mundo urbano sólo una franja pequeña tenía la oportunidad de atravesar por tal contexto.

El contorno cultural de la nación era en extremo atrasado; por ello, el acceso a la educación estaba revestido de connotaciones rígidamente clasistas. Y, aunque bien es cierto que entonces no existiese una clase burguesa cerrada, sólo los núcleos más favorecidos de los sectores medios estaban en capacidad de colocarse en un plano equivalente al de la burguesía o hasta superior en cuanto al dominio de conocimientos. La educación media y universitaria estaban concebidas para reproducir el personal necesario a las limitadas funciones especializadas del Estado o a profesiones liberales cuya función se ajustaba a los parámetros estructurales vigentes. En definitiva la universidad tenía por máxima función mantener una élite letrada necesaria para el Estado y para la modalidad que asumía la empresa comercial. El simple acceso a esta elite de por sí guardaba una significación social muy precisa, por el extraordinario papel que desempeñaba en la reproducción de las relaciones sociales. (2)

Fue con la modernización que conoció el país después de la Segunda Guerra Mundial, cuando esta situación comenzó a variar. El predominio de relaciones capitalistas vinculado a la urbanización conformó contornos que alteraban las

limitaciones para el surgimiento de un estrato joven. En efecto, con la modernización no sólo se crearon las condiciones para que ello sucediera, sino que se tornó en una necesidad operativa para el seguimiento del proceso. Confluyeron diversos fenómenos que incidieron al respecto; de una parte el aumento cuantitativo de la población urbana se tradujo en parámetros cualitativos inéditos; en segundo lugar, se expandió el aparato educativo y, en consecuencia, la franja poblacional dedicada al estudio; por último, hizo aparición una franja considerable de sectores medios, a los cuales se asoció la emergencia de la juventud como categoría histórica.

En función de esta combinación de fenómenos, la participación del conglomerado juvenil se produce, sobre todo, en algunas instancias institucionales; para ser aprehendida debe partir del análisis de algunos aspectos de las relaciones sociales. En torno a lo último, cabe destacar la posición del colectivo juvenil en el conjunto poblacional, en sus tendencias dominantes; en cuanto a lo primero, se requiere trabajar la relación entre el fenómeno juvenil y marcos sociales e institucionales, como la familia, la educación y las referencias culturales. En este sentido, se ha partido de un supuesto implícito, que domina el hilo conductor del texto: el fenómeno juvenil ha cobrado relieve histórico a través de su manifestación política. Resultado de líneas sociales de larga duración, la juventud dominicana ocupó una preeminente posición de abanderada del progreso, la justicia y las transformaciones sociales; a su vez, la secuencia de resoluciones que ha ido conociendo el proceso histórico en los últimos 25 años ha terminado por

concretizar en una frustración de las expectativas políticas, la cual se ha difuminado en un vasto campo de valores negativos emergentes que forman parte de tendencias recientes, por medio de las cuales la sociedad dominicana se ha ajustado a novedosos patrones de dominación externa. En función de la trascendencia que se acuerda al fenómeno político, se formulan, al final del texto, esbozos muy primarios de lo que debería ser una reflexión sistemática acerca de los mecanismos a seguir para detener las tendencias negativas y posibilitar un engarce, dentro de las condiciones actuales, con las tradiciones progresivas de los años pasados. Se insinúa que la recuperación política del conglomerado juvenil, al igual que del conjunto del conglomerado popular, pasa por redefiniciones de los agentes sociales y de los procedimientos que deben utilizar, sobresaliendo una diversidad de tareas culturales.

1.- LA JUVENTUD EN LA POBLACION DOMINICANA

1.1 Determinantes de la evolución demográfica

Históricamente la población dominicana se ha conformado sobre la base de la primacía de los grupos de edades menores. De -tal circunstancia se infiere una tendencia de largo plazo a la alta participación en la vida social de los grupos de edades considerados comúnmente como población joven, esto es, desde los 15 a los 24 años.

Esta estructura demográfica tendió a consolidarse a lo largo del presente siglo hasta llegar a su punto culminante en la segunda mitad de los años 60, cuando comenzó a registrarse, aunque levemente, un fenómeno de envejecimiento relativo de la población. Como es normal, la base de esta pirámide poblacional, típica de -países latinoamericanos, fue la tendencia a altas tasas de natalidad. Este fenómeno, proveniente de épocas lejanas, no registró -alteraciones significativas hasta la década de los años 60, probablemente a causa de las formas que adquirieron los primeros procesos de modernización de la postguerra, todavía enmarcados en una sociedad altamente sesgada por el predominio de factores tradicionales; a ello se agregaría el hecho de que durante las tres décadas de la dictadura trujillista la política oficial del estado -consistió en ampliar todavía más las altas tasas de natalidad.

Los procesos de modernización del país arrancan, en sus formas más primarias, de finales de la segunda década del siglo y, sobre todo, a partir de la segunda guerra mundial; ellos fueron los responsables, al introducirse como una variable nueva que alteraba un comportamiento secular del movimiento demográfico, de que la estructura poblacional de predominio joven se terminara por definir. El ritmo de crecimiento de la población tendió a aumentar hasta los años 50; las informaciones censales así lo evidencian, lo que puede aceptarse al margen de que se puedan introducir observaciones críticas acerca de su plena precisión. De acuerdo al cuadro No.1 se observa que la tasa de crecimiento de la población entre 1950 y 1960 llegó a un 3.6% anual, superior a la de los períodos anteriores, así como a la de los dos períodos intercensales posteriores, en términos generales ubicada en un 3%.

Según diversos cálculos, la tasa bruta de mortalidad conoció una sistemática tendencia a la reducción. Como lo ponen de manifiesto algunos autores (3) es muy problemático establecer cifras para períodos anteriores a 1950. Todavía en el lustro siguiente a dicho año, en pleno auge de la modernización de post-guerra, la tasa bruta de mortalidad era muy elevada, de 21.8 (ver cuadro No.3); para el quinquenio 1975-80 se había reducido ya, mediante sucesivas disminuciones, a 9.1; esa diferencia expresa el principal fenómeno demográfico resultante de la primera

fase de la modernización capitalista, fenómeno tanto más importante en la medida en que para períodos anteriores a 1950 es fácilmente inferible la existencia de tasas de mortalidad bastante superiores, sobre todo antes de la ocupación militar norteamericana de 1916-24, cuando comenzó a montarse un sistema de salud pública.

De lo anterior se infiere que en el predominio de los grupos jóvenes operaban dos determinaciones un tanto distintas: la primera, la tendencia secular de muy altas tasas de fecundidad, probablemente las mismas que las existentes hasta 1960, que, de acuerdo al cálculo del cuadro No.3, alcanzaban a 7.5; ello era consecuencia de ordenamientos socioeconómicos que seguían gravitando a pesar de los sucesivos impulsos de modernización que se habían conocido desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Tales impulsos no alteraban componentes tradicionales de relaciones sociales, demográficas y culturales, que seguían definiendo a la República Dominicana como un país en extremo atrasado.

La segunda determinación consiste en los distintos efectos dejados por la modernización que, por un lado, como viene de verse, impacta negativamente la tasa de mortalidad, al menos de manera sensible desde inicios de los años 50; por otra parte, sólo a partir de inicios de los años 70 impacta la tasa de fecundidad de manera significativa: - todavía hasta 1965 la tasa de fecundidad se mantenía en 7.3, en términos generales la misma de quinquenios anteriores, pero en el quinquenio 1970-75 disminuyó a 6.3 y en el siguiente quinquenio a 4.8.

En definitiva se pueden observar tres momentos característicos de la evolución demográfica: el primero consistente en una tendencia progresiva del ritmo de crecimiento poblacional, dada por la disminución de la tasa de mortalidad y el mantenimiento de altas tasas de fecundidad; la segunda etapa, a partir de 1965, es de transición por cuanto todavía la disminución de la mortalidad equilibra una incipiente disminución de la fecundidad; por último, la tercera etapa, cuyo inicio se ubica^{en} la mitad de la década de los 70, se caracteriza por una disminución del ritmo de crecimiento de la población.

Es en esta tercera etapa que comienza el envejecimiento relativo de la población, y con él un incremento del peso relativo de la población joven (15-24 años), mayormente en base la fuerte inyección proveniente de la natalidad de los quinquenios anterior y de la reducción brusca de la población infantil a causa de la caída de la tasa de fecundidad. El cuadro No.2 permite ubicar las variaciones en ese sentido. Se observa que para 1960 se produjo un significativo rejuvenecimiento en relación a 1950, al pasar la población de 0-14 años del 44.1 al 47.3%. En términos generales, todavía para 1970 no se observan cambios significativos; pero para 1981 la población infantil había quedado reducida al 40.7% del total, muy por debajo del 44.1 de 1950. Entre tanto, la población joven, que no había experimentado variaciones significativas en 1950 y 1970 (se mantuvo alrededor del 19%) para 1981 sí experimenta un incremento significativo al pasar a un 22.4%.

En principio, el nuevo peso relativo de la población joven, ya visible para 1981, está llamado a mantenerse durante dos décadas más, al quedar envuelto en una disminución de los grupos de menores edades y una tendencia al acrecentamiento de los grupos de edades adultas. (4)

1.2. El proceso de urbanización

La modernización ha operado en todos estos desplazamientos demográficos a través de los condicionamientos diferenciales crecientes entre mundo rural y mundo urbano. Puede decirse que, por definición, la urbanización implica una caída de la tasa de mortalidad, al incorporar servicios modernos de salud en una relación espacial distinta a la tradicional. Igualmente, el desarrollo capitalista implicado en el proceso de urbanización se ha reflejado en un crecimiento de los niveles culturales, lo que de por sí es una variable limitativa de la mortalidad. Este mismo patrón económico, en un plano estratégico, requiere de cierta regularización en el aprovisionamiento de la mano de obra. Por otra parte, los procesos sociopolíticos no dejan de incidir, por cuanto los agentes urbanos pueden presionar con más éxito para obtener acceso a servicios estatales. El Estado, por su parte, mediante la ampliación de la cobertura sanitaria se introduce en una lógica, donde su propia acción contiene especificidades autónomas, al tiempo que se inserta en la perspectiva de legitimidad ante la población.

O sea, la urbanización ha impactado notablemente la sociedad dominicana ya desde los años 50, al margen de que los patrones de desarrollo capitalista se hayan caracterizado, sobre todo hasta 1961, por una aguda extorsión de la población trabajadora y por situaciones anárquicas que no logran incorporar racionalidades mínimas al sistema. Entre esos elementos se encuentra la deplorable asistencia médica que brinda el Estado; pero, no obstante ello, lo cierto es que ha tendido a ser creciente y, conjugándose con otros factores, ha contribuido a hacer disminuir la tasa de mortalidad en las zonas urbanas y en menor medida en las rurales.

Es en los años 70 que dicho proceso alcanzó todas sus consecuencias. Primero, porque se llevó a cabo el ciclo de crecimiento económico más intenso de toda la historia dominicana, que tuvo entre sus consecuencias elevar durante un cierto plazo el ingreso de los sectores trabajadores urbanos. En este contexto, el Estado, condicionado en cierta medida por imperativos políticos, expandió algunos servicios médicos. Fue precisamente en esa década que la urbanización adquirió niveles masivos que contribuyeron a introducir matices inéditos a la sociedad dominicana.

A consecuencia de lo anterior, es sólo a partir de los 70 cuando la impronta rural comienza a ceder. No solamente se establecen relaciones cuantitativas muy dinámicas y novedosas, sino que, a partir de ellas, emergen matices cualitativos en los componentes urbanísticos. Anteriormente todavía las aglomeraciones de

pocos miles de habitantes cubrían una proporción muy alta de la población conceptualizada urbana (ver cuadro No.5); tal porción ha tendido a minimizarse en razón del crecimiento diferencial de los principales polos urbanos, principalmente de la ciudad capital. Habría también que acudir a un expediente cuantitativo: en los inicios de la urbanización, durante los 50, la población urbana total era reducida (508,000 personas en 1950), mientras que el saldo de los 70 arroja casi tres millones de personas para 1981. En el plano relativo, ya en el censo de ese año se registra un predominio absoluto de la población urbana sobre la rural (52% - para la primera); acudiendo a la comparación con la situación del año 70, se observa la rapidez del proceso, puesto que todavía en dicho año la población urbana apenas estaba llegando al 40% del total.

Es por esta nueva calidad de la urbanización de los 70 que en dicha década operó, como antes se viera, la caída de la tasa bruta de fecundidad. Pero tal fenómeno es más comprensible si se desglosa la información estadística entre áreas urbanas y rurales. Según el Cuadro N°4 la natalidad rural todavía no ha experimentado disminuciones sensibles, manteniéndose en 5.7 para 1980, mientras que en la zona urbana se situó en 3.3. Esto arrojaría, de inicios de los años 60 hasta 1980, un descenso en la fecundidad urbana de 44.7%, mientras que en la rural de 27.9% y esta última concentrada en los años más recientes.

En tal proceso han confluído determinaciones diversas.

Acaso la más importante tenga una matriz socioeconómica incontestable: la primacía de las relaciones salariales ha llevado a la ruptura de la unidad de consumo y de producción en la familia.(5) Ello tiene distintas connotaciones; entre otras, la de la obligatoria incorporación de la mujer al proceso de trabajo, lo que se trata en un acápite más adelante, disminuyendo su papel como gestora de la reproducción. Tal contexto introduce compulsiones económicas de nuevo orden en cuanto los recursos mínimos de supervivencia, tornándose los hijos en una carga que antes no se daba; intervienen también los cambios en las relaciones familiares que, a la larga, han sedimentado nuevas actitudes. Por último, vale destacar el papel de las políticas malthusianas desplegadas por los aparatos del Estado con la asistencia de instituciones norteamericanas, las cuales, por razones comprensibles, tienen un impacto mucho más poderoso en el medio urbano.

1.3. Movimientos migratorios"

De las tasas diferenciales de natalidad y mortalidad y el disímil crecimiento de la población en los medios urbanos y rurales se desprende que el proceso de urbanización haya estado accionado de manera básica por intensas migraciones.(6) En términos generales pueden situarse tres patrones básicos de migraciones internas. El primero, las migraciones intrarurales accionadas por desbalances regionales, proceso que ha ido perdiendo peso por razones -

obvias. Y es que ha sido la atracción urbana la que ha movilizado el desplazamiento migratorio. En este sentido se encontraría un patrón migratorio rural-urbano y un tercero urbano-urbano. - La relación entre ambos está referida a las modalidades del proceso histórico y en particular al de ciertas variables económicaso-ciales.

En relación a lo anterior, se pueden distinguir dos tipos de urbanización, tanto en su proceso cuantitativo como en los órdenes cualitativos envueltos. La gran ciudad, que incorpora un aparato productivo moderno y funciones técnicas y administrativas diversas, no sólo es receptáculo de la migración desde las zonas rurales, sino que también opera como polo de atracción para ciudades menores o aquellas donde la modernización no ha tenido la misma intensidad.⁽⁷⁾ Esta diferencia de urbanizaciones expresa las articulaciones entre relaciones de producción y sectores económicos que establecen entre ellas diferencias cuantitativas marcadas; mientras el Distrito Nacional y algunas otras provincias, como la Romana, contentivas de las más pujantes ciudades, crecieron entre los dos censos en un 90.6 y 88.2% respectivamente, las provincias de poco desarrollo lo hicieron en menos del 20% (ver cuadro No.6).

Dichos procesos migratorios han tenido por uno de sus actores fundamentales a los estratos jóvenes de la población. Por ello puede establecerse una relación diferencial de población joven y polos urbanísticos de crecimiento; en el campo abunda relativamente más la población infantil, dada la alta tasa de fecundidad,

mientras en la ciudad el flujo demográfico altera dicha relación (ver cuadro No.7). En el caso de las ciudades de mayor crecimiento industrial, todavía es superior la participación juvenil. Diversos factores pueden traerse a colación a este respecto. Primero, el hecho de que la parcela minifundista se encuentra en una precaria situación que dificulta mayores particiones,⁽⁸⁾ lo que de por sí es un factor de expulsión de gran parte de la población joven. Ese proceso de pauperización agraria desemboca en salidas migratorias en la medida en que la proletarización es un destino rechazado en el campo. Como es común, ese rechazo afecta más a la población femenina, lo que provoca una migración femenina joven superior y más temprana. El desarrollo de las relaciones mercantiles y el debilitamiento de la parcela campesina llevan a que, en conjunto, la opción de mantenimiento de los hijos jóvenes dentro de una familia ampliada tradicional sea cada vez más un fenómeno en retroceso.

El joven, por otra parte, está impulsado a la migración por un conjunto de circunstancias culturales y sociales. En el campo dominicano ya hacen aparición estímulos modernizantes que condicionan muchas actitudes y prácticas de su población, lo que tiene un efecto diferencial entre los jóvenes, estimulándolos en un momento dado a abandonar el terruño. Uno de los principales elementos a este respecto es la educación. Aunque todavía persistan abismos entre niveles educacionales urbanos y rurales, como se verá en un acápite posterior, el hecho de que una porción significativa de la población rural tenga acceso a la educación -

primaria estimula la emigración por dos condiciones: el deseo de continuarla donde es más fácil y el estar preparado con más facilidad a integrarse a ciertas exigencias propias del mundo urbano.

Para ciertas franjas de la población juvenil, y en menor medida de otros grupos de edades, la cuestión se plantea en términos del atractivo que ejerce la ciudad debido al hecho de que ofrece mayores oportunidades de empleo, participación, movilidad social, calidad de la vida, etc. ⁽⁹⁾ Así, el hecho mismo de la aparición del polo urbano resulta ser un factor per se sobre los flujos migratorios, tanto rurales-urbanos como urbanos-urbanos. Desde esa perspectiva, es clave considerar el segundo patrón migratorio al producirse, como consecuencia de la lógica del capitalismo dependiente, la macrocefalia capitalista en cuanto a desarrollo industrial, servicios, funciones administrativas, oportunidades educacionales y recreativas, etc.

El mundo urbano no ha logrado dar cabida masiva a las expectativas contenidas en las corrientes migratorias. Por ello se han conformado a su interior estructuras económicas y sociales que reproducen la marginación de la población campesina. Empero, el ritmo de crecimiento de la población urbana no disminuye, lo que evidencia que las corrientes migratorias todavía mantienen su intensidad característica. De los conflictos que sobrevienen de ello se ha generado una poderosa corriente migratoria hacia el -

exterior, en especial hacia los Estados Unidos. Dicha corriente comenzó de manera modesta después de la muerte de Trujillo -puesto que hasta entonces había restricciones al libre movimiento- y se ha ido acrecentando en una línea correlativa con la urbanización. En realidad, el hecho de que la intensidad del fenómeno emigratorio hacia el exterior haya tendido de manera constante a ampliarse es una señal de las insuficiencias de la modernización o más bien, para los últimos años, de la quiebra de la eficacia relativa que tuviera durante los años 70.

La información disponible acerca de la emigración de dominicanos a los Estados Unidos permite suponer una clara tendencia creciente hasta 1980. Ahora bien, la única fuente oficial sistemática, los informes consulares de inmigración, apenas contabiliza a los residentes legales, /y los visitantes⁽¹⁰⁾ al tiempo que es ampliamente conocido que de manera creciente predomina la inmigración ilegal a los Estados Unidos. Como punto de partida hipotético, sin embargo, se puede sostener que el ritmo de crecimiento de la emigración es creciente a pesar de los obstáculos que desde hace años ponen las autoridades norteamericanas. Para la actualidad el número de residentes en territorio continental de los EE.UU. debe ubicarse entre 800 y 900 mil personas⁽¹¹⁾. Incluso, la concentración de los migrantes en la ciudad de New York, donde existen cuantiosos barrios dominicanos, convierte a esta gran metrópoli en la segunda ciudad dominicana.

Otro elemento de mucha significación a tomarse en cuenta es el cambio que ha experimentado el proceso migratorio a los EE.UU. Inicialmente se trató de una migración en su mayor parte de origen rural, compuesta de campesinos de acomodada posición, sobre todo del centro del Cibao. A medida que el tiempo ha pasado ha ido minimizándose este componente rural, siendo sectores urbanos pobres y medios los agentes básicos de la emigración, lo que da una tónica acerca de su relación con el proceso de urbanización. Esta misma relación se profundiza en los últimos años, cuando se percibe la incorporación de estratos medios acomodados al flujo migratorio y de sectores que en general antes tenían posiciones ganadas dentro de la urbanización.

De nuevo es significativo que en esta prolongación exterior de las corrientes migratorias los jóvenes tengan una participación destacada, aunque no pueda asegurarse que sea creciente. Según la encuesta realizada por Baez y D'Oleo, se puede inferir que al menos un 33% de los dominicanos en los EEUU están comprendidos dentro de las edades jóvenes.⁽¹²⁾ Independientemente de la precisión derivada de dicha encuesta, es evidente que diversos factores influyen en el hecho de que una parte muy alta, por fuerza superior a la media nacional e incluso de Santo Domingo, de la población migrante sea joven. Incide en ello básicamente el elemento que se analizará en la sección sobre empleo, la dificultad creciente para los jóvenes de encontrar empleo; vinculado a ello, también, aun en el caso

de obtención de empleo, la dificultad de instalar un nuevo hogar. Por tales circunstancias, ya en la actualidad una porción muy significativa de la población dominicana joven se encuentra en los Estados Unidos; asumiendo un tope máximo de novecientas mil personas y una proporción mínima de 33% de jóvenes entre la población en EEUU, se tendría un total de 297,00, un 23% del total de los jóvenes registrados por el censo de 1981 en el país.

El fenómeno migratorio a los EEUU. está llamado a ampliarse para los próximos años. Es pronosticable, de igual manera, que la participación relativa de los jóvenes en dicho fenómeno se mantenga. Por ello, la presencia de un contingente creciente de jóvenes dominicanos en el exterior constituye uno de los elementos fundamentales a tomar en cuenta para un diagnóstico de la situación de la juventud y para una estrategia tendente a incorporarla a una acción de sentido nacional.

2.- NUEVAS FUNCIONES DE LA EDUCACION

2.1. Expansión del Aparato Educativo

Como en toda América Latina, en los últimos 20 años ha tenido lugar una masificación de la cobertura educativa, lo que ha - ejercido múltiples consecuencias en aspectos de la vida social. - Es indudable que el paso a nuevos modelos de acumulación ha ido de mandando un crecimiento de los niveles educativos, esta vez de forma masiva, con el fin de que surjan contingentes de trabajadores y técnicos con la pericia necesaria para los requerimientos de los nuevos sistemas productivos y de servicios. Cabe anotar, por otra parte, que la democratización del país, tras la caída de Trujillo, conformó un ambiente propicio para una expansión acelerada del sistema educativo en todos sus niveles. En efecto, la población valoró de manera creciente el significado del acceso a la educación y, por múltiples mecanismos, ha contribuido a esta expansión educativa y ha presionado al Estado a que ofrezca recursos crecientes para ello.

Como se desprende del cuadro No.9, entre 1960 y 1981 se produjeron expansiones en todos los niveles de educación. La base de dicho proceso se encuentra en la disminución de la población de 5 años y más carente de instrucción: de un 43.7% existente en 1960 disminuyó hasta un 28.6% para 1981. La proporción de población que ha asistido a la escuela primaria se ha mantenido estática en términos relativos, por lo que la gran expansión del aparato educativo

se ha expresado en el acceso de amplios contingentes de la población joven a la educación secundaria e incluso a la superior. - Por ello, la disminución de la población carente de instrucción se ha revertido básicamente en el aumento de la población que ha llegado a estudios secundarios (incluyendo la intermedia), la que creció en el lapso referido desde 6.5% a 20.5%; adicionalmente, la población que llegó al nivel educativo superior pasó del 0.5% al 3.3% .

En términos absolutos el cuadro No.10 resulta ilustrativo al respecto. Si se asimila la población que asistió al acumulado de las generaciones pasadas y a la población que asiste a la generación actual se puede observar la expansión registrada en los niveles superiores de educación. En particular es de resaltar la incorporación de la mujer a los niveles superiores de educación.

Esta expansión, sin embargo, muestra altos niveles desiguales en cuanto a sus consecuencias sobre diversos estratos de la población. No cabe duda al respecto que en cierto sentido se ha abierto la brecha en cuanto al contenido efectivo de las oportunidades educativas. En efecto, para la integración a la sociedad moderna el acceso a la educación superior es ya prácticamente un prerrequisito al cual tan sólo tiene acceso un porcentaje reducido que no trasciende mucho a los grupos de mayores ingresos de la población. Tal segmentación tiene su punto de partida principal en la diferencia entre ciudad y campo, al punto que puede sostenerse que

el campo ha estado fuertemente marginado de todo el proceso de expansión del sistema educativo. Así se ve que, según el censo de 1981, en la población de 5 a 29 años, de acuerdo al cuadro No.11, el 35.2% de dicho espectro en el área rural nunca asistió a la escuela, lo que en el área urbana solamente engloba al 14.7%. Esta relación no es sino punto de partida de una línea creciente de segmentación del área rural, en la cual la participación dentro de la educación universitaria se torna prácticamente nula.

De ello proviene, entonces, una diferencia muy acentuada entre las tasas de analfabetismo de ambas zonas. Para 1981 todavía el 26% de la población mayor de 10 años estaba en condición de analfabeta, como se evidencia de el cuadro No.12; de ese total, 37.6% era la tasa que correspondía a las zonas rurales y 16.2% a las zonas urbanas.

Es cierto que el nivel de analfabetismo ha experimentado una fuerte disminución a consecuencia del mencionado incremento del aparato educativo; pero ello en gran medida se ha llevado a cabo como parte del proceso de urbanización y no tanto por una adecuada cobertura educativa en las zonas rurales. Por desgracia, el desglose de analfabetismo entre zonas urbanas y rurales solamente es asequible a partir de 1970, pero la comparación de dicho año -

y de 1981 es suficiente para la comprobación de la hipótesis. Habiendo disminuido el porcentaje de analfabetismo en total desde un 33.7% en 1970 a un 26.1% en 1981, se tiene que para las áreas rurales, entre esos años la disminución fue desde el 43.6 al 37.6% (ver cuadro No.12). El resultado de ello es el hecho elocuente de que el número absoluto de analfabetos en el país

aumentó durante la última década censada desde 1.6 hasta 1.9 millones.

La segmentación entre ciudad y campo no sólo afecta a esa gran masa que todavía permanece al margen de toda educación, sino, además, y en no menor medida, a la gran mayoría de la población rural joven. Por tal razón, una parte muy alta de la población rural que asiste a la escuela lo hace durante aproximadamente tres años⁽¹³⁾, por lo que funcionalmente en el contexto sociocultural, queda en condición de analfabetismo.⁽¹⁴⁾ Es patente que todavía para 1980 se estimara en la población rural solamente 2.6 años de estudios aprobados en promedio, en tanto que para la urbana constituía exactamente el doble, 5.2.⁽¹⁵⁾

De ahí que el analfabetismo siga presente dentro de la población joven, aun cuando en cuantía relativa bastante menor al total de la población. Así se tiene que para 1981 se registraron 222 mil analfabetos comprendidos entre los 15 y los 24 años (15.9% para el grupo de edad de 15 a 19 y 19.3% para el grupo de 20 a 24). Aunque en disminución, el monto es todavía alto y no demasiado inferior al de los grupos de edades de 25 a 34 años. En todo caso, lo que sugiere la progresión del porcentaje de analfabetos que contiene el

cuadro No.13 es que, tras salir de la edad escolarizable, la población apenas tiene acceso a instrumentos que le permitan adquirir la instrucción no lograda previamente. Sobre esta base, el panorama educativo de una porción alta de la juventud dominicana luce extremadamente negativo y de consecuencias irreversibles:⁽¹⁶⁾

La única mejoría importante en las segmentaciones del primer nivel de instrucción consiste en la igualación de la alfabetización entre hombres y mujeres desde 1970. Si todavía para las edades de 25 a 34 años el porcentaje de analfabetos entre hombres y mujeres variaba de 22.3 a 27.6% respectivamente, y como se advierte en el cuadro No.13 tiende a incrementarse sostenidamente en los grupos de edades superiores, para el grupo de edades de 20 a 24 años los porcentajes son prácticamente similares y para las edades menores las mujeres registran una tasa menor de analfabetismo que los hombres.

Ahora bien, las segmentaciones apuntadas entre población urbana y rural y el mantenimiento de franjas todavía altas de la población rural que carecen de toda instrucción o sólo reciben una primera instrucción rudimentaria, sólo dan cuenta parcial de la realidad. Al respecto hace falta considerar la calidad del servicio educativo, que en todos sus niveles acusa grados de diferenciación muy superiores a los que ofrecen las cifras antes expuestas. Esta segmentación opera ante todo por medio del empeoramiento global,

muy pronunciado en los últimos 25 años, de la calidad del aparato educativo dominicano. Es decir, se ha producido una relación inversa entre la masificación de la enseñanza primaria y secundaria -y como se verá todavía más de la universitaria- y la eficacia de dicho aparato para lograr la consecución de sus supuestos fines.

Sobre el particular no existen estudios ; en lo cual se puede inferir una deliberada obstrucción por parte de las autoridades educativas para dar cuenta de la realidad de la degradación de la calidad educativa. Y ello no es un elemento aislado, sino que forma parte de todo el conjunto de servicios estatales. Mientras en el área de la salud las denuncias han sido sistemáticas y contundentes por parte de los médicos, en la educación pública preuniversitaria los maestros no han sido agentes de protesta y la poderosa organización que los agrupa se ha restringido a manejar sus relaciones con el Estado desde una perspectiva corporativa. Extrañamente, el movimiento estudiantil de secundaria, que por lo menos en las ciudades más grandes ha jugado un papel político de cierta consideración, no ha sabido enfrentar y menos denunciar de forma adecuada el desastre en que está sumida la educación pública. A estas inconsistencias se une el deliberado propósito de las autoridades por ocultar la situación, reduciendo los reconocimientos de fallas a la ausencia de coberturas, lo que les permite demandar recursos extraordinarios al gobierno sin abocarse a resolver las deficiencias de fondo.

Por todo ello, no es posible que hoy se evalúe la dimensión del empeoramiento de la cobertura educativa hasta tanto especialistas en el área se decidan a emprender dicha tarea. Sin embargo, de manera concisa y como punto de partida para futuras evaluaciones, no es arriesgado afirmar que se ha venido produciendo una profundización de las segmentaciones en el aparato educativo dominicano, - las cuales expresan las posiciones de los diversos sectores sociales y las menores oportunidades que tienen frente a la cobertura educativa. De nuevo, esa segmentación progresiva tiene su punto de partida en la división demográfica rural-urbana; un segundo momento de la misma se encuentra en la diferenciación también demográfica y territorial entre poblaciones urbanas y la ciudad de Santo Domingo. Pero la más poderosa de todas las segmentaciones está entre la educación pública y la privada, ampliándose entre categorías de instituciones dentro de la propia educación privada. Es sintomático al respecto que en las zonas rurales en su conjunto la educación privada preuniversitaria sea ⁽¹⁷⁾ inexistente. Aunque no haya ningún indicador numérico capaz de demostrarlo, no deja de ser patente para cualquiera familiarizado con el mundo educativo la diferencia abismal de calidad, al interior de la propia educación privada, entre los establecimientos de Santo Domingo y de la generalidad de las otras ciudades, y, al interior de Santo Domingo y dos o tres ciudades más, de parte de los dirigidos a sectores reducidos de altos ingresos junto a los establecimientos dirigidos a sectores medios o empobrecidos que, sin embargo, tratan de esquivar la situación desastrosa de la educación pública. El hecho es contundente

por cuanto 25 años antes la educación privada en la primaria no era demasiado significativa, en tanto que en la secundaria no gozaba de mayor prestigio que algunas instituciones públicas distinguidas por su tradicional excelencia.

Empero, toda esta privatización segmentadora no significa que se haya incrementado o mantenido la calidad en las instituciones más favorecidas; por el contrario, éstas también han experimentado, en términos generales, disminuciones significativas de la calidad que ofrecen; sólo en contadas instituciones tal proceso puede ponerse en duda.

A partir de la evaluación precedente cabría introducir una serie de reflexiones. En primer término, el hecho de que la educación opera de manera creciente como un mecanismo de afianzamiento de las relaciones sociales existentes, que reproduce la situación de desigualdad en la que se encuentran las vastas mayorías de la población. En segundo lugar, tal función se hace más patente en la medida en que el acceso a niveles educativos -tras el proceso de modernización- se hace mucho más necesario que antes; de esta forma, los amplios contingentes que no reciben ninguna cobertura o sólo la de unos pocos años en escuelas de pésima calidad se encuentran en una condición doblemente desventajosa. Aun aquellos que adquieren una educación preuniversitaria completa, en principio ya no disponen

de un medio efectivo de ascenso social, dada la competencia en el entorno de la masificación y la baja calidad global que caracteriza la educación preuniversitaria; por otra parte ésta se caracteriza, entre otros elementos, por no facilitar la integración del joven a la vida cotidiana, especialmente al proceso productivo. - Los jóvenes, incluso, terminan la educación preuniversitaria carentes de los instrumentos elementales necesarios para el dominio de conocimientos superiores y especializados. Ni siquiera disponen de rudimentos mínimos de cultura universal; se trata, por ello, de una cobertura en gran medida formal, que simplemente tiene efectividad para el acceso a ciertas ocupaciones y, sobre todo, para la posibilidad de ingreso a la educación universitaria, en la cual ya sí opera un factor de oportunidad real para la movilidad social y el empleo especializado.

.2. La Encrucijada de la Universidad

De las conclusiones del anterior acápite pueden desprenderse las líneas centrales para la evaluación del papel de la educación universitaria en la juventud dominicana actual. En términos relativos, la educación universitaria se ha expandido mucho más notablemente que la educación secundaria. Como lo muestra el cuadro No. 9, la masificación de la educación ha tenido por consecuencia la aparición de ritmos diferenciales de crecimiento según el escalafón del nivel educativo. En términos relativos la población que ha llegado a algún nivel de educación primaria no ha experimentado un crecimiento significativo, mientras la educación secundaria casi se triplicó (190.9%) y la universitaria se sextuplicó (520%).

Es decir, donde la masificación del aparato educativo ha incorporado una matriz cualitativa inédita, dada su magnitud, ha sido en la educación universitaria. Previamente a 1960, incluso a 1965, la educación universitaria estaba reservada para un número en extremo reducido de jóvenes, cuyos padres podían sostenerlos en la ciudad de Santo Domingo, donde se encontraba la única universidad del país. En aquellos períodos existía un conjunto de determinantes dirigidos a obstaculizar la entrada a la universidad. De hecho estaba presupuesta una matrícula límite, puesto que a la dictadura no le interesaba un crecimiento significativo de la educación universitaria. Para ello, el costo de la matrícula se ponía artificialmente alto a fin de que se situara como un obstáculo adicional al que de por sí representaba la oportunidad de ser liberado de la carga de trabajo. En todo caso, el crecimiento de la población universitaria mantenía un ritmo controlado y guardaba relación con las necesidades que tenía el orden político de un mayor número de técnicos y especialistas, dado el hecho que durante los años 50 ya era notoria la demanda de nuevos profesionales universitarios por haberse producido la primera ola de modernización urbanística. Por ello, y a pesar de los controles, la matrícula universitaria no dejó de crecer, pasando de unos 600 a fines de los años 40 a los 4,000 estudiantes existentes en 1961. (18)

Durante los años posteriores a la muerte de Trujillo siguieron operando algunos condicionamientos restrictivos, lo que explica que todavía para 1965 el número de estudiantes de la Universidad

Autónoma de Santo Domingo fuese de 6,606. En principio, las autoridades conservadoras trataban de restringir la entrada, para lo cual diseñaron una prueba de admisión que fue objeto de un debate tenaz por parte del movimiento estudiantil. En sentido general, en numerosas áreas siguió perviviendo la universidad trujillista, tanto en el diseño de los programas como en los mecanismos de dirección, muy controlados por los profesores conservadores, muchos de los cuales habían estado asociados al régimen despótico.

Ese panorama varía abruptamente a consecuencia de la Revolución de Abril de 1965, que, por la forma en que se resolvió, permitió que, no obstante la derrota, el movimiento popular siguiese teniendo una presencia poderosa en los años siguientes. De dicho contexto sobrevino el denominado Movimiento Renovador, mediante el cual las autoridades conservadoras fueron expulsadas y la parte profesoral que las seguía salió de la universidad, para fundar un centro educativo privado, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU). La UASD se tornó, entonces, en una verdadera isla al interior del Estado, por cuanto fue la única institución donde la autonomía constituía una realidad tangible y donde las fuerzas democráticas y populares mantuvieron un control institucional.

Todo un nuevo diseño de educación universitaria se esbozó con el Movimiento Renovador. La universidad se abrió a nuevas carreras, modificó los programas de las existentes -en una línea de aceptación a los requerimientos prácticos-, dio cabida a profesionales jóvenes que en el anterior esquema no tenían acceso a la docencia y dispuso, como norma rectora de la actividad académica, la libertad de cátedra, en contraposición con el autoritarismo - que sobrevivía de la universidad trujillista.

Pero de importancia comparable en las reestructuraciones del Movimiento Renovador fue la apertura de la universidad a todos aquellos que quisiesen cursar estudios en ella. No cabe duda que tanto en la vertiente académica y profesoral como en la estudiantil el Movimiento Renovador significó un paso de enorme trascendencia no sólo para la universidad, sino para toda la juventud dominicana y para el contexto sociopolítico prevaleciente entonces. La UASD se tornó en una institución orientadora del conglomerado popular, jugando un destacado papel en la defensa de la democracia y sirviendo de centro al movimiento estudiantil, el cual seguía siendo el pivote representativo de los anhelos de los sectores progresistas de la población urbana.

El mayor efecto del Movimiento Renovador fue aumentar la - población universitaria de la institución pública desde los 5000 estudiantes previos a exactamente el doble para el primer semestre de 1969.⁽¹⁹⁾ Tal ritmo de crecimiento no se detendría, y para

el segundo semestre de 1971 de nuevo se duplicaba con creces la población universitaria, para alcanzar los 23,000 estudiantes; para 1978 sobrevino una nueva duplicación, ⁽²⁰⁾ llegándose al tope de la matrícula de la UASD de 1983 cuando alcanzó probablemente una cifra de 70,000 estudiantes.

De por sí, el Movimiento Renovador supuso una clara democratización de la oportunidad de acceso a la educación universitaria. La eliminación de controles y el apoyo a estudiantes pobres posibilitó la afluencia masiva de estratos que antes bajo ninguna circunstancia tenían acceso a la universidad. Aunque parezca paradójico, en un primer nivel el Movimiento Renovador se reflejó también en una mejoría de la calidad académica, si se entiende el concepto desde cierto ángulo, por cuanto rompió con barreras arcaizantes y colocó la universidad a la altura del mundo moderno. En sentido general, a partir de dicho hito se incorporó la realidad universitaria a un espectro masivo de la juventud dominicana. - Basta destacar que en 1960, solo el 0.5% de los jóvenes de 15 a 24 años cursaban estudios universitarios; en 1981, en cambio, esa proporción se había elevado al 4.5% del mismo grupo de edad.

En un principio la irrupción masiva del estudiantado a la educación superior constituyó una contestación a las políticas del Estado, lo que se expresó en una tensa relación entre la universidad estatal y el Poder Ejecutivo; éste inicialmente trató de

frenar la masificación por medio de una asignación presupuestaria reducida, lo que fue enfrentado por movilizaciones estudiantiles muy sistemáticas. Habiendo sobrevivido a las presiones externas, las universidad estatal poco a poco, sin embargo, fue ajustándose a determinadas evoluciones del conjunto de la sociedad dominicana, e incluso de las políticas del Estado. En última instancia, la masificación resultó funcional para el auge modernizante de los años 70, al ser la universidad proveedora de los especialistas - que demandaban las diversificaciones económicas y administrativas. En segundo lugar, es probable que el Ejecutivo captara desde muy pronto la conveniencia de la supervivencia de la universidad como institución pluralista y democrática, en tanto que contrapeso frente a otros sectores del bloque dominante, lo que explicaría que - en ningún momento se dispusiera a clausurarla, teniendo capacidad para hacerlo. Incluso, la universidad resultó ser un receptáculo focalizado de profesionales disidentes y de activistas jóvenes, - lo que no dejaba de tener sus conveniencias hasta tanto no se tornara en una fuerza amenazante, como en efecto nunca sucedió.

Esos desplazamientos, sin embargo, no eran objeto de intelección por parte de los sectores universitarios progresistas, - quienes ingenuamente interpretaron a la universidad como aparato decisivo en el impulso de transformaciones democráticas y en la - preparación de condiciones para una revolución. Tal apreciación optimista jugó un papel destacado en el hecho de que no se repensara la función de la universidad en una sociedad sometida a intensas

variaciones sociopolíticas y económicas.⁽²¹⁾ Más aún, para no pocos integrantes del Movimiento Renovador el hecho universitario carecía de connotaciones académicas propiamente dichas, y se situaba de manera exclusiva en el ámbito de lo político al ubicarse a la universidad como centro de la contestación al sistema. Incidía en ello la percepción, todavía generalizada hasta fines de los años 60, de que la revolución estaba al doblar de la esquina.

Resultado de lo anterior fue que adviniera el estancamiento del Movimiento Renovador hasta tomarse en agotamiento completo desde hace varios años. En base a lo adquirido, la universidad en su conjunto se caracterizó por su incapacidad de reflexionarse a sí misma.⁽²²⁾ De manera que los logros positivos se desgastaron y muchos de ellos se tornaron en factores contraproducentes. En particular la masificación, al no ser objeto de reestructuraciones en los métodos operativos, redundó en una disminución sensible de los niveles académicos tradicionales,⁽²³⁾ lo que probablemente empezó a manifestarse desde inicios de la década de los 70 y no ha cesado de profundizarse desde entonces. En consecuencia, el perfil del educando universitario se fue tornando cada vez más mediocre, con lo que se contravenían por definición preceptos del Movimiento Renovador. Y no se trata sólo de un elemento genérico de carencias académicas, sino de que, a pesar de la introducción de numerosas materias de ciencias sociales y de metodología de investigación, el estudiante universitario carece de los instrumentos

críticos para pensar; esas reestructuraciones de pensa, si bien en principio correctas, no lograban compensar el contexto global de deterioro de la calidad; sobrevino por ello un saber sociológico estereotipado, más bien referido a un marxismo vulgar, el cual no permitía desarrollar instrumentos críticos del saber y mucho menos colocar al estudiante en una perspectiva transformadora dentro de la sociedad dominicana.

Esa deformación doctrinaria académica explica que, llegado el caso, la generalidad de los sectores universitarios se hicieran compromisarios con el agotamiento del Movimiento Renovador y específicamente con su aspecto más negativo, el deterioro académico. - En particular cupo la mayor responsabilidad al movimiento estudiantil, el cual se tornó en mecanismo corporativo de defensa de un interés mal entendido que, en nombre de la democratización, pugnaba, de hecho, por la baja sistemática del nivel académico. En definitiva se llegó a una suerte de sentido común en el medio estudiantil que se derivaba en la búsqueda del menor esfuerzo y que condenaba, por ende, el sector profesoral que se esforzaba por mantener o elevar la calidad de la enseñanza.

En nombre de la defensa de los estudiantes pobres, lo que en verdad acontecía era la promoción de un amplio conglomerado carente de todas las características supuestas en el egresado universitario. Los resultados no podían ser sino el advenimiento de una profunda ambigüedad: a partir de presupuestos formales progresistas,

la universidad se iba tornando en una institución ajustada a los elementos del orden por cuanto el egresado no incorporaba una mi rada crítica y una disposición transformadora al abandonar la institución. Más bien buscaba un acomodo fácil dentro del sistema debido a su autoconciencia de incapacidad. Y si dicha respues ta operó de forma restringida durante varios años por el entorno autoritario y por los rezagos de la calidad académica relativa an tes prevaleciente, cuando en 1978 advino la democratización plena de la vida política nacional, ello se reflejó en una integración consustancial al orden social por parte de la masa joven recién salida de la universidad.

Habría que retomar ciertos condicionamientos del proceso universitario, puesto que resultan cruciales para entender las recientes evoluciones de la juventud estudiantil. Puede decirse que en ese agotamiento e integración del Movimiento Renovador operó de manera decisiva una cierta cultura de izquierda que tuvo en la universidad su lugar de mayor florecimiento. Esa cultura, aunque en apariencia durante años enfrentada al orden social, guar daba estrechas conexiones con contextos básicos de la realidad so cial del país. Entre otros elementos, la izquierda dominicana se caracterizó por un virulento antiintelectualismo, postura que no dejaba de ser paradójica por cuanto disponía de sus principales efectivos en los medios de la pequeña burguesía culta y en la juventud estudiantil. Y como parte de tal inconsistencia puede --

captarse que no lograrse definir las funciones de la universidad dentro de la realidad nacional. Si el movimiento estudiantil tuvo una responsabilidad decisiva en todo este proceso se debió a que constituía la sección propiamente de masas de la izquierda dominicana.

Así, al corporativismo mediocrizante de la colectividad -estudiantil se superpusieron otros elementos que profundizaron el destino negativo de la universidad. En especial operó que la izquierda viese en la universidad un instrumento para fines políticos generales, careciendo de una plataforma académica e incluso -habiendo coadyuvado a obstaculizar -sectores de ella- los llamados de atención que se propusieron. Esa visión instrumentalista conllevó, entonces, a la búsqueda de controles mecánicos por parte de las parcelas políticas en la escena; de ahí que se dedicaran a colocar a sus militantes en posiciones profesionales y jerárquicas al margen de consideraciones académicas.

En razón de lo anterior, puede sostenerse que la izquierda se hizo agente decisivo del deterioro de la calidad profesoral. Y, al mismo tiempo, que adviniese una suerte de rutina o de pacto -fáctico mediante el cual gran parte del profesorado se fue ajustando a la demanda estudiantil por la baja del nivel, para incluso -tornarse un agente activo en esa dirección. En realidad, esa responsabilidad es relativa a la contextualización de la izquierda en

el medio sociocultural de la nación.⁽²⁴⁾ En tal sentido vale destacar el hecho de que el deterioro de la calidad de la educación preuniversitaria probablemente se inició antes que el de la universitaria, hecho que se reforzó al incorporarse contingentes - relativamente amplios provenientes de provincias y de estratos modestos.

Para la comprensión del fenómeno es crucial traer a colación que la masificación de la enseñanza se dio a un ritmo que - trascendía la posibilidad de preparación de los cuadros para hacerle frente de manera adecuada. Entre otros elementos, ello se manifestó en el paso generalizado del profesorado de élite de la educación secundaria a posiciones en el profesorado universitario, - lo que tenía una doble connotación, por cuanto una parte de dicha promoción no estaba todavía capacitada para impartir docencia universitaria, al tiempo que dejaba desprovista de su calidad tradicional a la enseñanza secundaria. Las políticas generales de Estado, que descuidaron el reciclaje de la calidad de la enseñanza preuniversitaria, se imbricaron, así, en el deterioro de la enseñanza universitaria. La propia segmentación ya apuntada de la enseñanza preuniversitaria establece límites forzosos a las posibilidades de partida de la educación universitaria, máxime si se concibe en la perspectiva de promover a los sectores de menores - ingresos que acceden a ella.

Ahora bien, al margen de esos condicionamientos reales, lo cierto es que la incapacidad de la izquierda y de los otros sectores que han gravitado en la educación universitaria pública ha tenido una cuota alta de responsabilidad en profundizar los efectos de dichos condicionamientos. En particular no se enfrentó el reto de proveer al recién llegado de los instrumentos necesarios para los estudios superiores. El Colegio Universitario, mediante el cual se intentó llevar a cabo esa tarea, resultó ser una instancia carente de significativa relevancia. El aludido pacto de la mediocridad incluso llegó a que se desconocieran algunos reglamentos, como el de la baja por repitencia.

Por otro lado, la universidad fue perdiendo espacios en su relación con el resto de la sociedad; sus programas de extensión se redujeron y se tornaron rutinarios, lo que conllevó a un aislamiento progresivo. Faltó conciencia y agilidad para que algunos presupuestos sociales de la institución se llevaran a cabo. En ciertas áreas del quehacer interno la incapacidad de innovación se reveló casi absoluta. Es el caso de la investigación, área marginada y sometida a acoso, no obstante su minúscula magnitud. Es el caso, también, para años recientes, del área de postgrado, ya un requerimiento inexorable por los mismos condicionamientos de la sociedad global y que, sin embargo, está en un nivel recurrentemente incipiente.

Otro elemento no menos importante es la resistencia a incorporar salidas intermedias o carreras medias técnicas, que se -

ajustarían más que la masificación de títulos profesionales a los requerimientos del aparato productivo y a las dificultades que experimentan los jóvenes provenientes de sectores populares. Bien podría objetarse que tales salidas corresponderían a otras instancias del Estado, pero al menos la universidad debería incursionar en ellas para trazar pautas correctas e incluso para adecuarse a las circunstancias del país. Contrariamente, ha primado un profesionalismo formal que evidencia el contenido de la promoción social que brinda la universidad pública.

Las fallas apuntadas contribuyeron a crear las premisas para la expansión de la educación privada, una modalidad mucho más negativa de educación universitaria. Inicialmente ubicada en planos cuantitativos muy modestos, durante los años 70 la educación universitaria privada experimentó una sostenida ampliación que, grosso modo, puede interpretarse como correlativa al deterioro de la UASD. De manera que si hasta hace unos años cuando se hablaba de educación universitaria por antonomasia se hacía referencia a la UASD, hoy la situación es bien distinta. Desde hace unos dos o tres años la matrícula de la UASD ha cesado de crecer, mientras el dinámico incremento de la matrícula privada sigue en un ritmo parecido al de años anteriores, desde entonces superior al de la UASD. En la actualidad, por ello, la educación universitaria privada ya se aproxima a la mitad de la matrícula.

Por otra parte, la UASD se ha visto marginada progresivamente del escenario nacional, siendo en ciertos aspectos sustituida por la acción de las universidades privadas más coherentes. En particular, bajo los gobiernos del PRD se ha experimentado una clara orientación de apoyo a la privatización de la educación universitaria, política que antes existía, pero de manera más res-tringida, y que hoy asume la modalidad de una alta presencia en el Estado por parte de las dos o tres universidades privadas que trabajan con cierta coherencia para la formación de nuevas élites tecnocráticas y que han incursionado con cierta amplitud en los estudios de postgrado; merecen mencionarse a tal respecto la Universidad Católica Madre y Maestra (UCMM), que alcanzó posiciones preeminentes en el anterior gobierno perredeísta, y el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), que en los últimos años ha sido objeto de fuertes respaldos por parte de organismos interna-cionales y de asociaciones corporativas de la clase capitalista.

Para entender el impacto extraordinario en los últimos años de la educación universitaria privada es preciso ^{partir} de una diferenciación entre dos tipos de instituciones de ese género. El primer tipo tiende a ser el más antiguo, constituido por instituciones que se han propuesto ofrecer una alternativa en términos de cali-dad y de diversificación a la oferta que hace la universidad pública; además de la UCMM y el INTEC, puede también agregarse a la -

Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, salida, como se vio, de la expulsión de los profesores conservadores de la UASD. El segundo tipo consiste en instituciones de carácter abiertamente lucrativo, cuyo número y espectro de matrícula han registrado - los más altos índices de crecimiento en la última década; estas instituciones se han caracterizado por un nivel académico en extremo indigente, muchas de ellas en realidad sostenidas por la práctica mercantil de atraer estudiantes extranjeros para el área de medicina, lo que las obliga a ofrecer otras carreras y a dar amplias oportunidades de ingreso a estudiantes dominicanos.

Desde sus orígenes, las instituciones privadas estuvieron asociadas al diseño estratégico de contrabalancear la incidencia del Estado en la educación superior. Es decir, se concibieron - bajo el prisma de que coadyuvaran a servir de manera directa a los intereses de los grupos dominantes. Por tal razón, ese primer momento de privatización estuvo muy asociado a la emergencia de algunos círculos de políticos e intelectuales pertenecientes a la clase burguesa. En el caso de la UCMM, su creación en 1962 fue gestada por el mismo conglomerado empresarial que creó, al poco - tiempo, una asociación empresarial, el primer banco comercial privado de la época postrujillista, un instituto para la formación de técnicos medios en el sector agropecuario y una financiera de desarrollo. Estos sectores contaron con el estímulo y apoyo de -

los Estados Unidos, en lo que incidió el diseño que formulaban para el papel conservador de la educación superior privada.

El perfil logrado ha sido el de cierta excelencia en algunas áreas, aun cuando en términos generales, con la excepción de INTEC, la calidad no haya superado a la de la educación pública, al menos hasta hace muy poco tiempo. Es significativo palpar que también en la educación privada de élite se ha registrado un sensible proceso de pérdida de calidad, el cual no ha podido ser contrabalanceado por programas específicos en los que ha primado el propósito de crear cuadros de alta calificación, sobre todo en el nivel de postgrado. Adicionalmente, cabe referir algunos fallos de fondo en esta educación privada elitista: primeramente, un marcado espíritu clasista; en segundo lugar, una especialización carente de instrumentos culturales y de análisis; en tercero, una relación mecánica con requerimientos del capital, y no con los del desarrollo nacional en su conjunto. Así, desde hace años, pero con intensidad creciente, sale un profesional conformista, acrítico, apegado al orden social, superficialmente dotado de ciertas calificaciones pero inhabilitado para jugar un papel creativo en la vida nacional.

La emergencia de tal perfil ha formado parte de procesos generales de la juventud dominicana que serán objeto de dilucidación más adelante. Por ello, tiene relación directa con procesos sociopolíticos globales, al haberse consolidado esquemas autoritarios y tradicionalistas en las instituciones privadas y haberse -

generado variaciones en el comportamiento de partes importantes de sus estudiantes. Como contraste, también guarda relación con el deterioro de la calidad en la universidad del Estado; es creciente la percepción de que en esta última se pierde mucho tiempo, existen riesgos personales y no se adquieren las habilidades necesarias para la localización de empleos bien remunerados. En definitiva, amplios contingentes de la población joven pasan a evaluar la educación universitaria como una inversión llamada a producir rápidos beneficios en la promoción social, en el dominio de técnicas para la herencia de los puestos empresariales y en la búsqueda de nuevas cuotas de participación en los mecanismos de poder social.

Tales perspectivas no han quedado restringidas a las clases acomodadas, sino que se han extendido a amplios contingentes de población joven de origen medio o popular. Ese reflejo ha formado parte de los procesos de despolitización de las franjas mayoritarias de la juventud urbana, fenómeno muy acentuado en los últimos años y que, como se verá, luce presentarse todavía con más agudeza en el futuro próximo. Ello explica la deserción de amplios contingentes juveniles de la educación universitaria pública, incluyéndose aquellos carentes de las posiciones para pagar la matrícula en las instituciones de élite antes reseñadas. De ahí que el segundo tipo de institución universitaria privada haya conocido un auge impresionante, nutrido por jóvenes modestos, casi todos obligados a trabajar para cubrirse el sustento, pero deseosos de

alcanzar una calificación formal que les permita un ascenso a posiciones inmediatamente superiores.

Frente a esas aspiraciones, el matiz de segmentación es notable porque los egresados de dichas instituciones no están dotados de conocimientos mínimos para ocupar puestos, incluso de mediana categoría, en el Estado y en la empresa privada. En ese contexto entonces, ni siquiera sobreviene la formación de una masa profesional conservadora, sino el aprovisionamiento de una - multitud que formalmente dispone de ciertos recursos educativos, pero que en la realidad debían haber sido suplidos por una adecuada educación secundaria y primaria; el panorama es tan lamentable que en gran medida ni siquiera esos aspectos son cubiertos - por dicha educación universitaria, sino a lo sumo habilidades mínimas para ocupar puestos de baja jerarquía y calificación.

El daño que recibe el contingente juvenil de la asistencia a estas instituciones es todavía mayor que en las elitistas, ya - que la educación y la cultura se presentan como un negocio a se-cas; el profesional/^{egresado} carece de todo instrumento cultural y profesional y se coloca en la sociedad en condiciones correspondientes, - desarrollando respuestas acomodaticias y oportunistas y eliminando todo elemento creativo y progresivo.

3.- LA JUVENTUD EN EL MUNDO DEL TRABAJO

A consecuencia de la crisis económica, en los últimos años se ha producido un notable empeoramiento en las condiciones de la juventud dentro del mercado de trabajo. Mientras la economía nacional se mantuvo en una coyuntura de crecimiento y como parte de una mejoría relativa de ciertos sectores urbanos, los grupos juveniles expandieron sus oportunidades al estar en condiciones de dominio de ciertos instrumentos técnicos, en la mayor parte de los casos con ventajas respecto a las generaciones anteriores.

El crecimiento experimentado por la economía dominicana entre 1969 y 1975 fue tan acentuado que posibilitó una masiva absorción de empleo, a pesar de las características del proceso de industrialización, que tendía a incorporar poca mano de obra por la intensidad de inversión en capital fijo. Dicha absorción se llevaba a cabo, sin embargo, en un entorno de intensas migraciones hacia los polos de crecimiento económico, por lo cual no se experimentaron disminuciones muy sustanciales en las tasas de desempleo. Es importante destacar también ciertas características del desarrollo industrial que, al estar condicionado a la importación ^{de} insumos, bienes intermedios y bienes de capital, creaba crecientes rupturas intersectoriales, generando escasas repercusiones significativas en otras áreas de la economía nacional; incluso, en algunos aspectos el auge industrialista de los años 70 redundó en desestímulos para el sector agropecuario, puesto que hacía más competitiva

la importación de materias primas y deprimía, en consecuencia, la oferta interna. En sentido global, el proceso de modernización de los años 70, aun cuando fuese ciertamente muy intenso, no generó soluciones de continuidad en los parámetros fundamentales de las relaciones económico-sociales de la República. Ello explica que, a pesar del dinamismo de la economía, no se registrasen mejorías significativas en el empleo y que, a lo sumo, como previamente se señalara, se lograra contener la tasa de desempleo en los niveles preexistentes.

Agotado en lo fundamental el proceso de modernización para fines de la década, sobrevino un sucedáneo en cuanto a políticas de Estado: el acceso del partido populista al poder, a mediados de 1978, se acompañó por una cuantiosa incorporación de nuevos servidores al gobierno.

El desgaste económico se equilibró con una ampliación del empleo y el gasto público, que en gran medida se sostenían sobre la base de un acelerado endeudamiento externo y del desequilibrio de las variables monetarias. Ello redundó en una tendencia hacia la primacía de los nuevos empleos en áreas improductivas, lo que trascendía, incluso, al mismo sector público.

Uno de los aspectos en que se expresó el conjunto de mediaciones de la modernización de los años 70 fue el que gran parte de los sectores juveniles quedaran parcial o totalmente impedidos de poder prepararse para el proceso productivo y la vida social -

en general. Ya con referencia al aspecto educativo se observó una notable expansión que, sin embargo, no eliminaba exclusiones muy elevadas de jóvenes del aparato educativo, sobre todo en las áreas rurales.

Esta misma tendencia se advierte al observar la evolución de las tasas de actividad que arrojan los diversos censos. Como lo muestra el cuadro No. 14, si bien estas tasas han registrado una notable disminución para los grupos de edades jóvenes en los 21 años transcurridos entre 1960 y 1981, no menos cierto es que todavía permanecen a niveles muy altos para los varones; de hecho el grupo de 20-24 años muestra una integración masiva a la actividad económica, 74%. Por otro lado, es evidente que la menor tasa de actividad que se observa en las mujeres jóvenes no responde a una mayor integración a la educación, sino a patrones tradicionales que dificultan su incorporación al mercado de trabajo. No obstante es de destacar que, contrario a los varones, salvo el grupo más joven de 15 a 19 años, todos los demás registran un incremento en las tasas de actividad femenina (25)

Ahora bien, de nuevo la diferencia rural-urbana explica parcialmente el mantenimiento de altas tasas de actividad en la población masculina joven y de tasas bajas en la población femenina joven. Al respecto son ilustrativas las informaciones que muestran las encuestas urbana y rural de 1980, ^(Cuadro N°15) que se adoptan, dado que los datos publicados del censo de 1981 no contienen la división urbano-rural, además de que las encuestas de mano de obra son más confiables

respecto a estas informaciones. A pesar de las diferencias metodológicas entre ambas encuestas (26) es palpable una mayor incorporación de los jóvenes (e incluso de los niños) a la actividad económica en el área rural, ^{la} que para el grupo de 20-24 años es prácticamente igual a la de los adultos. Estas informaciones muestran que la incorporación al estudio es un fenómeno todavía muy obstaculizado en el campo, que la familia campesina sigue presionando a los hijos a incorporarse temprano a las tareas productivas en igualdad de condiciones a los mayores, que en las mujeres jóvenes de 20-24 años el patrón de no participación se mantiene similar hasta los 49 años y que, en todo caso, sólo para las edades de 15 a 19 es que se presenta un límite de todavía cierta significación para la preparación en el estudio.

En el medio urbano, en cambio, el contraste es patente. Primero porque en la población de 10 a 14 años la tasa de participación es mínima (5.7% frente a 25.7% en el campo). En cuanto a los jóvenes la tasa de participación para el grupo de 15 a 19 años es de 29.6% (la mitad de la del área rural), donde se evidencia la diferencia sustancial que permite el acceso a la educación de un contingente mucho más significativo. Si bien la diferencia se reduce mucho en la edad de 20-24 no deja de ser todavía significativa para los hombres (73.8% en las ciudades frente a más de un 90% que caracteriza las edades siguientes hasta los 59 años). (27)

En parte debido a estas altas tasas de participación para

los jóvenes dominicanos existen condiciones desventajosas en materia de desempleo de los hombres jóvenes en relación con los adultos. En 1981 ello se expresó en ^{el} hecho de que mientras la población joven registró una tasa de desempleo de 22.4%, en las edades de 25 a 39 años ya la tasa de desempleo cae a un 14.7, que viene siendo en términos generales similar a la de los siguientes grupos de edad. (Cuadro N°16)

Dentro de las tasas de desempleo se pueden observar sensibles diferencias entre la población urbana y rural, con especial incidencia respecto a los jóvenes, tanto del sexo masculino como femenino. En el campo, según el cuadro No. 17, el desempleo en 1980 para los jóvenes de 15 a 19 años había llegado en total a un 42%, a cuyo interior en la población femenina había alcanzado el 72.7, en contra del 26.8 para la masculina. A pesar de la alta tasa participación para las edades de 20 a 24 años, todavía en ellas se observan marcadas diferencias que en general alcanzan un 50% respecto a los niveles de desempleo en los grupos de edades siguientes.

Las diferencias en el desempleo son atribuibles a varios factores. Por una parte, a que es una actitud normal de parte de los empleadores preferir personas con cierta experiencia; en segundo lugar habría que referir el desgaste que ha ido experimentado el acceso a niveles educativos medios y altos en cuanto a la facilidad para la obtención de empleo; el estancamiento de la economía dominicana desde hace varios años presiona adicionalmente en esta dirección. Por ello, es realidad la tendencia a la ampliación del desempleo

general entre jóvenes en una dimensión más acelerada que la del resto de la población. Ello se refleja en respuestas de nuevo tipo, sobre todo en torno a ocupaciones informales que equivalen a una gran ampliación del subempleo, pero que se acompañan por otras salidas, como la probable aparición de una amplia gama de jóvenes que no estudian ni trabajan pero tampoco buscan empleo y subsisten en base a una diversidad de medios como permanecer en el hogar (más para el sexo femenino) o actividades fuera de la ley que pueden tener gradaciones muy diferentes. Por último, luce que esta presión adicional

del desempleo entre los jóvenes ha sido uno de los re-sortes decisivos para el incremento notable en los últimos años de la emigración hacia los Estados Unidos.

En los últimos años estas salidas de seguro han experimentado una fuerte expansión. Hay que tomar en cuenta al respecto que en los primeros años de la presente década se agotó la respues-ta a los problemas del empleo que partía de una expansión del empleo improductivo por parte del Estado. Las reestruc-turaciones habidas a instancias del FMI desde fines de 1982 han traído fuertes elementos de contracción para el desenvolvimiento de la economía y han presupuesto restricciones al manejo de recursos por parte del Estado que han colocado barreras rígidas en su capacidad como empleador. Parece que en condiciones de estancamiento del producto, la tasa de desempleo en general ha superado sus ni-veles tradicionales que se observaban en los censos nacionales como

en las encuestas de mano de obra urbana y rural de 1980. Según la segunda encuesta nacional de ingresos y gastos familiares, realizada por el Banco Central y citada por Isidoro Santana ⁽²⁸⁾, se obtuvo un 24.8% de promedio nacional de desempleo. Isidoro Santana infiere en otro texto (29) que, en razón del decrecimiento de la economía, en 1985 se podría proyectar la tasa de desempleo abierto hasta un 27%, para lo cual utilizó un modelo de elasticidad del PBI de absorción de mano de obra.

Mientras tanto, la encuesta de empleo realizada en la ciudad de Santo Domingo en 1983 constituye el último documento disponible para hacer una evaluación de las más recientes tendencias. Aunque todavía dicho material no recoge un aumento apreciable de desempleo abierto, sí advierte un agudizamiento del subempleo (30).

El aumento hasta entonces moderado del desempleo en realidad se debió a una expansión del sector informal, el cual creció mucho más rápido que el sector moderno. Según el documento antes citado respecto a 1980 la diferencia de ritmos se ubica entre 2% para el formal y 14.8% para el empleo en el sector informal. En gran medida, esa expansión significa un incremento del subempleo como respuesta propia de los sectores informales urbanos. Como informa dicho estudio (ver cuadro No. 18) de esta diferencia de ritmos han sobrevenido en Santo Domingo sensibles variaciones en la distribución porcentual de los sectores moderno e informal; mientras el -

primero se redujo de un 36.8 a un 32.8% del empleo, el segundo se incrementó de un 26.7 a un 32.5%.

Aunque en el estudio no se estima el impacto en el nivel de subempleo que este cambio ha generado, no puede caber duda de que la variación implica un incremento del subempleo, un incremento de los servicios en desmedro de actividades productivas y una disminución del ingreso (cuya pérdida se evalúa en el estudio en un 4%).

En realidad, esa reciente evolución dada por el empeoramiento de la crisis económica se "inscribe dentro de tendencias históricas de largo plazo. Y es que la tendencia a la tercerización y la dificultad de cristalización de relaciones sociales - típicas del capitalismo moderno forman parte de todo el tramado de modernización,⁽³¹⁾ lo que se agudiza cuando sobrevienen coyunturas de recesión. El cuadro No. 19 indica que la caída del trabajador familiar no remunerado (propio del sector agrícola) no se ha correspondido con una disminución del trabajador - por cuenta propia. A riesgo de las distintas metodologías utilizadas en los censos que pueden deformar ciertas tendencias, parece que es posible concluir en una pervivencia del peso del trabajador por cuenta propia, el cual mantiene en 1981 posiciones no muy diferentes respecto a las que tenía en 1960. Incluso en la población femenina se registra un aumento de esta categoría ocupacional. Esta situación es tanto más paradójica en la medida en que el proceso de urbanización se llevó a cabo en dicho lapso, lo que indica

una reproducción ampliada del empleo por cuenta propia en las zonas urbanas atribuible sobre todo a actividades precarias - de servicios. A manera de conjetura podría llegarse a la conclusión de que mientras se mantuvo un auge modernizador sostenido en el aspecto productivo, básicamente entre 1969 y 1975, la población trabajadora por cuenta propia debió haber tendido a bajar. Obviamente que durante varios años el ofrecimiento de empleo, a pesar de sus limitaciones antes referidas, en sectores como la construcción, de masiva incidencia entonces, conllevaba un aumento del empleado asalariado. Ahora bien, la disminución del ritmo modernizador y la franca crisis de años recientes han tenido por probable respuesta, como antes se viera, un aumento del empleo precario ^{en sectores} /informales que de manera normal se da en la modalidad de cuenta propia.

De todas maneras, entre 1960 y 1981, a tono con el proceso de modernización, se registró un incremento significativo dentro de la población masculina del trabajo asalariado, pasando del 40.6% al 50.1%. La información sobre la mujer no es aceptable en su ligera disminución, por cuanto en la primera fecha la tasa de participación excesivamente baja parece mostrar diferencias metodológicas importantes.

Respecto a los jóvenes varones, el mismo cuadro evidencia una disparidad de comportamientos referible a los elementos conflictuales al interior de la modernización. Es sintomático que el trabajo por cuenta propia entre jóvenes de 15 a 19 años pasara

de 11 a 38.7%. Esta expansión se corresponde con la caída abrupta del trabajador familiar no remunerado, que todavía para 1960 englobaba a una porción mayoritaria (52.3%) de la población de 15 a 19 años, explicable por el altísimo peso de la población agraria campesina. Así pues, ante todo para los jóvenes se observa una disociación entre el hogar, comunidad de socialización y consumo, y el hogar/comunidad productiva, hecho ubicable tanto por la rapidez de la urbanización como por las transformaciones habidas al interior del mundo agrario.

Por tal razón, la expansión del trabajador por cuenta propia entre los jóvenes no ha sido contradictoria con la proletarización, lo que se observa en un incremento de los hombres empleados de 15 a 19 años desde un 36.7 a un 49.5. Es decir, puede presumirse que la juventud dominicana ha estado sometida a fuertes tensiones y oscilaciones en torno a su inserción en actividades modernas, representadas por el trabajo asalariado, y ocupaciones informales tanto en el campo como en la ciudad, representadas por el trabajo por cuenta propia.

Esta dualidad de comportamientos en los grupos jóvenes se observa con mayor claridad en el Cuadro N° 22 sobre distribución porcentual de la p.e.a. según ocupaciones y sexo. Ante todo resalta la disminución de la población de agricultores en un grado muy superior entre los jóvenes que en el total de la p.e.a.; la máxima expresión de ello se encuentra, precisamente, en el grupo de jóvenes varones de menor edad, cuya proporción disminuyó del 77.4% en 1960 a un 24.3%

en 1981. En sentido contrario, se observa un mayor incremento en la participación de los jóvenes en ocupaciones propias de los sectores modernizantes; es el caso de vendedores y afines, que para la población masculina se duplica entre los grupos jóvenes, o artesanos y operarios en industrias manufactureras cuyo peso relativo casi se triplica entre los jóvenes varones, mientras en el total de la p.e.a. sólo aumenta aproximadamente un 50%.

No se hace uso de la comparación entre ambos censos respecto a las mujeres porque evidentemente en el censo del 60 hubo un agudo subregistro de la participación femenina, registrándose como población activa prácticamente solo a las sirvientas y a las profesionales, maestras en su gran mayoría.

El incremento de los trabajadores es todavía mayor en la rama de otros operarios (que comprende las ramas industriales menos tradicionales), que entre los jóvenes varones en 1981 llegan a superar el 4%. Si se suman las tres categorías de obreros, artesanos y otros operarios se tiene que en 1981 comprendían entre los jóvenes de 20 a 24 años el 25.8% del total, mientras en 1960 tan sólo representaban el 12.4%. Este incremento en realidad debe estar subestimado ya que para el censo de 1981 los trabajadores no especificados llegaron a un 25.2% del total de la p.e.a. a masculina. Aunque tal diferencia lleve a ciertas subestimaciones de las categorías especificadas, no deja de ser un elemento de interés, al margen de deficiencias metodológicas probables en dicho censo, por cuanto el inflamiento de los trabajadores no especificados, muy acentuado entre 1960 y 1981 puede

constituir una señal acerca del florecimiento de sectores informales en las zonas urbanas que no se corresponden con las ocupaciones clásicas contenidas en el cuadro 22.

Como resultado del empeoramiento de la crisis en los últimos años, desde el punto de vista social y laboral la situación de la juventud ha venido empeorando. En principio, podría establecerse una relación diferencial en los efectos de la crisis para la juventud ; ya se ha visto cómo han aumentado las tasas de desempleo y cómo se ha expandido el subempleo en áreas informales, - donde la participación de la juventud es mayor. Además, existe el factor del no ahorro previo, lo que hace que, en condiciones de severa inflación y de disminución general de los ingresos, los jóvenes se vean mayormente desfavorecidos al no tener acceso a bienes que lograron las generaciones anteriores. En particular se hace muy difícil instalar un nuevo hogar por los altos precios del mobiliario, alquileres y vehículos. La reproducción ampliada de la clase media, fenómeno masivo durante los 70 y que abarcó a un amplio conglomerado juvenil, luce en los actuales momentos en un retroceso acusado. La movilidad social parece ya haberse agotado, pero incluso está bajo severo cuestionamiento la reproducción de los estratos medios y de una parte de los estratos altos. Un aspecto significativo a este respecto lo constituye el hecho de que la educación universitaria ha dejado de ser el medio por excelencia para la movilidad social, como aconteciera en los años de expansión modernizante. Según la encuesta urbana de 1980, la tasa de desempleo entre quienes han alcanzado instrucción universitaria resulta ser la misma que para los que no tienen ningún

grado de instrucción, habiéndose duplicado respecto al año 1970. Como lo muestra Isidoro Santana, el proceso en el último quinquenio, debe haberse agudizado por ^{una} nueva expansión de la oferta de profesionales y por el retraimiento de las actividades económicas. De manera que esta inutilidad de la educación desde el punto de vista de la condición social incorpora un nuevo ingrediente para los amplios sectores de la juventud que están teniendo acceso a la educación media y superior.

4.- EFECTOS DE LA EVOLUCION FAMILIAR

En los últimos 25 años se han operado variaciones de trascendencia en la ubicación de los jóvenes dentro del entorno familiar. Esos cambios, a su vez, han obrado poderosamente en las transformaciones de un conjunto de parámetros sociales y culturales del joven.

En las condiciones de una sociedad rural, como era la dominicana hasta 1960, sometida, por otra parte, a un autoritarismo absoluto, las relaciones intrafamiliares se caracterizaban por acusados elementos de tradicionalismo y continuidad.⁽³²⁾ La familia, efectivamente, operaba como un agente de alta eficacia para la socialización del joven, sobre todo en las zonas rurales donde el aparato escolar tenía escasas consecuencias y la forma en que se proyectaba la autoridad política no eliminaba la incidencia autoritaria del hogar en el advenimiento del joven hacia la vida adulta. En el mismo medio urbano el patrón tradicional de familia se manifestaba de manera preponderante, caracterizándose ésta por su estabilidad, su poderosa capacidad de socialización y patrones autoritarios que emanaban de la preeminencia del padre, lo que venía dado como una especie de proyección del medio rural dominante.

Esta familia tradicional se correspondía con un tipo de relaciones sociales en el agro, en las que la posesión y propiedad sobre el suelo por parte de los agentes productivos era un patrón estable y poco modificado por la penetración de las relaciones capitalistas. El amplio peso de la producción de autosubsistencia y la tendencia a la pervivencia de los patrones sociales y culturales conferían a la familia un puesto decisivo en la relación del individuo con el medio social, conjugándose en la misma la unidad de consumo y la unidad de producción.

La familia tradicional agraria, por otra parte, se caracterizaba por su tendencia a asumir un carácter de colectividad ampliada, por cuanto incorporaba de manera parcial a hijos después de casados o a otros familiares, e incluso podía adoptar en situaciones de hecho a familiares lejanos o a no familiares. La base de esta cohesión estaba dada por la alta autoridad del padre y por la proyección de la misma más allá del nexo directo que se establecía en el hogar. En suma, los conglomerados humanos tendían a agruparse en número apreciable de acuerdo a relaciones familiares, vistas como el lazo decisivo de la cohesión social. En este contexto, la mujer carecía de derechos, encontrándose sometida fuese a la voluntad omnímoda del padre o del marido.

Naturalmente que esta caracterización pretende establecer las líneas básicas existentes en el campo. Vale también -

aclarar que su existencia estaba lejos de asumir una forma perfecta. Numerosos factores presionaban desde décadas atrás hacia el debilitamiento de este patrón de familia tradicional: el inicio de la emigración a las ciudades desde los años 50, las particiones crecientes de las unidades parcelarias, el empobrecimiento y las líneas de proletarización de una parte considerable de la masa campesina. De ahí que en el campo también comenzaran a emerger líneas de disolución de los vínculos tradicionales en las relaciones familiares que tendrían elementos comunes con las que tipificarían los patrones familiares de la denominada cultura de la pobreza urbana.

A pesar de lo último, la familia campesina siguió siendo un efectivo agente de socialización para los jóvenes, transmitiendo los valores seculares de la cultura agraria y contribuyendo a reproducir diversos ámbitos de las relaciones sociales. Por tal fuerza, muchos de sus componentes tendían a mantenerse en las zonas urbanas en las fases iniciales del incremento urbanístico.

Mientras tanto, la emergencia de sectores medios en las zonas urbanas fue generalizando en ellas patrones familiares que hasta entonces estaban muy restringidos a los grupos con una fisonomía urbana más definida y tradicional. Sobrevino entonces de - de manera masiva un patrón de familia nuclear moderna, en el - cual se producía una disociación entre unidad de consumo y proceso

productivo. El entorno de este tipo de familia se fue caracterizando por un incremento de su inserción en el consumo propio de la sociedad industrial. Originalmente, tal relación se había caracterizado por su cuantía modesta, pero a medida que avanzó la urbanización, sobre todo cuando advino el auge de la primera mitad de los años 70, se produjeron sensibles reordenamientos de vastas magnitudes en la solidificación de los sectores medios y, en consecuencia, en la ampliación del peso de la familia nuclear correspondiente.

En el entorno social y cultural en que se dio la notable ampliación de la familia nuclear moderna operaron desde muy pronto tendencias que la colocaron en posiciones inestables. ⁽³³⁾ En su origen, tal patrón familiar se basaba en su solidez, en gran medida derivada de todo el contexto sociocultural tradicionalista, donde la familia era medio de trasmisión de valores religiosos y cívicos, y donde el padre, al igual que en el campo, detentaba prerrogativas discrecionales. Las características del proceso de modernización han traído influencias que han debilitado algunos de los aspectos de este patrón familiar y han terminado poniéndolo más a tono con los cambios habidos en la sociedad. Ahora bien, ese hecho se ha expresado en un debilitamiento del papel socializador de la familia sobre los jóvenes, en una pérdida de la importancia social de la familia y en un impacto que tiende a colocarla en situaciones inestables.

En particular, la entrada de la mujer urbana de clase media al mercado de trabajo ha sido un factor de primer orden en el resquebrajamiento de algunos de los patrones originarios de la familia nuclear moderna. La autoridad del jefe de la familia ha tendido a disminuir, lo que ha sido fuente de intensas líneas conflictivas por cuanto todavía no se han introducido variaciones de valores que permitan un ajuste armónico de esas realidades. En particular, el machismo sigue siendo un reflejo prevaliente, incluso entre la mayor parte de la población masculina - joven, de donde sobrevienen confrontaciones crecientes en el hogar. Todo ello explica la alta tasa de divorcios, fenómeno que arranca de inicios de la década de los 70 en forma significativa y que ha concluido haciendo de la República Dominicana uno de los países con mayor tasa de divorcios en el mundo. En 1985 por cada dos matrimonios realizados en el año se produjo un divorcio. - Aunque no se dispone por el momento de estadísticas, parece indiscutible que la frecuencia de divorcios es creciente entre los matrimonios en la medida en que son más jóvenes sus integrantes; desde hace unos cuantos años una parte elevada de los nuevos matrimonios se prolonga por unos pocos meses o a lo sumo por dos o tres años.

Esta crisis aparente de la familia nuclear moderna puede referirse ante todo a la rapidez con que se ha llevado a cabo el proceso de urbanización y modernización, donde la emergencia de amplios sectores medios y de nuevas relaciones económicas no ha

estado acompañada por cambios en los valores que permitan integrar las nuevas realidades a un marco familiar adecuado.

Habría todavía que incorporar algunos elementos para el análisis de esta situación. Primero, el efecto demoledor del consumismo para todo el conglomerado familiar, introduciendo brechas intergeneracionales en numerosas actitudes antes vistas como cuestiones vitales de la existencia. Este impacto de la apertura al gran consumo se ha dado dentro de una sociedad grosso modo caracterizable por sus muy bajos niveles culturales, por las pocas segmentaciones en el medio urbano y por la modestia material en que se desenvolvían los grupos medios. De manera que se ha producido una suerte de desquiciamiento entre estos trasfondos y el bombardeo de nuevos valores que vienen aparejados con el acceso masivo al consumo.

Resultado de todo ello fue que en las dos décadas anteriores emergieron fuertes contrastes intergeneracionales. En realidad el primero de ellos adquirió un matiz político: los jóvenes, desde fines de la dictadura, se convirtieron en un factor de contestación que condenaba globalmente las actitudes conservadoras que habían asumido sus padres. Sin embargo, esa brecha fue relativa por cuanto en lo fundamental todavía la familia seguía siendo un efectivo agente de socialización y, a pesar de la contestación, los jóvenes heredaron muchos de los valores aportados por

los padres. De ahí que es probable que la más poderosa ruptura intergeneracional sobreviniese con la expansión de la sociedad de consumo, cuando experimentaron notables cambios los entornos materiales en que se movían los jóvenes y los valores con los cuales empezaron a socializarse. Por desgracia no existen estudios sobre el particular, por lo cual muchas de estas afirmaciones no pasan de tener un carácter de conjetura. No obstante - ello, es advertible hoy, entre la juventud dominicana de estratos medios y altos, el surgimiento de perfiles valorativos muy novedosos, que han fructificado como parte de las transformaciones habidas en los últimos 25 años.

A pesar de la brecha intergeneracional, que probablemente ha sido creciente hasta ahora o no hace mucho tiempo, muchos de los nuevos componentes de la actual juventud dominicana de estratos medios y altos han sido resultado de los desplazamientos experimentados por sus padres. Más allá de ciertas diferencias de valores y actitudes, han correspondido respuestas pertinentes ante las reubicaciones sociales en que se han colocado los mayores. Dichas reubicaciones no han dejado de estar caracterizadas por actitudes de conformismo o hasta cinismo que han coadyuvado a que las actitudes de los jóvenes sean mucho más desarticuladas. En definitiva es de la falta de perspectivas éticas y políticas a que ha llegado la primera generación posttrujillista en la última década que se desprenden las actitudes un tanto extremas de los jóvenes de hoy.

Entre los jóvenes de los sectores populares y sus padres los contrastes han sido más acentuados. La modernización ha tenido efectos mucho más agudos en la vida cotidiana de los pobres que entre los sectores medios y altos. Básicamente ello se ha dado a través de los procesos de proletarización que han conllevado tanto a la formación de la masa marginal urbana como a una pauperización de la mayoría campesina. Los efectos han sido tan vastos que ha surgido todo un sector clasista delimitado en torno a la población marginal, caracterizado por lo que diversos autores califican de "cultura de la pobreza" (34). La emergencia de relaciones sociales peculiares ha dado lugar a la constitución de líneas originales de relaciones familiares, en general parecidas a las de otros países de América Latina (35).

El rasgo más característico de esta tendencia familiar predominante en la cultura de la pobreza es la inestabilidad. De tal manera que, en razón de las compulsiones materiales apremiantes y de los choques de valores en el mundo urbano, la célula familiar tiende a disolverse. Vendría una respuesta, tendencialmente predominante, que describe sucintamente la Conferencia Dominicana de Religiosos en los siguientes términos:

"Esto incluye la organización familiar en la que el núcleo familiar lo constituyen la madre y los hijos con un alto índice de inestabilidad en el nexo conyugal. La frustración del rol del padre de familia como proveedor económico y su

sustitución por mecanismos de afirmación de su identidad a través del machismo tiene mucho que ver con esto. Junto a esta reducción del núcleo familiar existe la familia ampliada, fuerte red de solidaridad que representa la seguridad ante la vida" (36)

Se desprende que de la inestabilidad proviene, en una proporción creciente de casos y correlativa al empobrecimiento, un nuevo patrón de familia que sustituye la familia campesina - tradicional y, al propio tiempo, se diferencia de la familia nuclear moderna. Ello no quiere decir que en todos los casos no se cree una familia nuclear, sólo que, aun cuando se crea, tiende a estar sometida a presiones disgregantes o bien a reconstituciones en base a un patrón de familia extendida. Es decir, que puede conceptualizarse una correspondencia familiar a la situación social de los marginales subproletarios, sólo que la misma comporta una heterogeneidad de situaciones a partir de su forma límite que, como antes se dijera, tiende a incrementarse. En esta forma límite la unión se hace poco duradera y, como lo muestra la cita anterior, la madre asume el rol de jefa de familia; además, para todas las gradaciones el matrimonio formal es sustituido por uniones libres(37).

En el extremo de la inestabilidad, la familia nuclear desaparece por la ausencia del esposo-padre, o se redefine por la -

variación frecuente de uniones a través de la matrifocalidad. En todo caso, para una parte de la población pobre el esquema nuclear no desaparece debido a que, de una u otra forma, se logra mantener una cierta estabilidad del vínculo matrimonial y de la relación de padres e hijos hasta una edad inicaail de la juventud. Se trata en este último caso de la situación de mayor estabilidad dentro de la población marginal; como ya se ha dicho, esta situación tiende a disminuir,⁽³⁸⁾ Ahora bien, haya mayor o menor inestabilidad o desarticulación, se incorpora como correlato un patrón tendencial de familia ampliada, el cual guarda conexión tanto con las herencias rurales como, sobre todo, con las exigencias que provienen de la miseria.⁽³⁹⁾ En tal sentido, es frecuente que el papel del padre sea sustituido por abuelos u otros familiares, al tiempo que se produce la integración de una categoría de "agregados" que pueden no tener ningún nexo familiar.

Aunque con menor densidad, las tendencias de estos patrones familiares también han hecho aparición en el campo a consecuencia de los procesos de pauperización y proletarización que tienden a disolver la estabilidad de la familia tradicional, entre otras causas debido a la creciente integración de la mujer campesina al mercado de la fuerza de trabajo que, al igual que en los sectores medios, genera rupturas de comportamiento familiar.

A pesar de los sucedáneos que operan por medio de los nuevos mecanismos extensos de relación familiar, lo cierto es que no

son suficientes para paliar los vacíos que genera el patrón familiar de la pobreza en la socialización de los hijos, sobre todo ya en la etapa juvenil.⁽⁴⁰⁾ Dada la extrema precariedad en que se desenvuelve el conglomerado familiar, éste no ofrece una cobertura suficiente para que el joven tenga un acceso normal al sistema educativo; de tal forma, entre la juventud pobre la desarticulación familiar se acompaña por un impacto marginal sobre el papel de la educación en el proceso de socialización. Y es que los hijos, desde niños, deben asumir altas responsabilidades tanto en cuanto a su sostenimiento como en la ayuda que deben prestar a la reproducción del entorno familiar. En esas condiciones se produce una respuesta generalizada de precocidad, lo que tiende a agudizar los elementos conflictuales que de por sí genera el entorno de la pobreza.⁽⁴¹⁾ Ello provoca fuertes rechazos intergeneracionales y la incomunicación básica entre padres e hijos, sobre todo entre el padre y los hijos, aunque aquél se encuentre en el núcleo familiar.⁽⁴²⁾ De todo lo anterior se desprende el comportamiento generalizado de que los jóvenes tienden a desgajarse del hogar, como salida más fundamental que se superpone a la relativa solidaridad que tienen que mostrar. En todo caso, si no se da el abandono completo, también es frecuente una difuminación de los nexos familiares: el joven se hace responsable de su supervivencia desde muy pronto. En tal sentido, mientras más pobres es la familia, más tiende a perder incluso sus funciones de unidad de consumo para pasar a ser más bien una unidad de refugio, ligada al hecho físico de la vivienda.

En estas condiciones, la mayor parte de las funciones socializadoras de la familia y de la escuela son sustituidas por la vecindad. Uno de los aspectos de la cultura de la pobreza es la eliminación de la privacidad al interior de las familias, tanto por las formas de las viviendas como por los nexos que se establecen entre los vecinos. Esto último, a su manera, contribuye adicionalmente a debilitar las funciones de la familia.

En torno a lo anterior es crucial la relación que se establece entre las gradaciones de estabilidad y de desarticulación y las capacidades socializadoras de la familia sobre niños y jóvenes. Desde tal punto de vista, se puede establecer una estratificación de respuestas vitales por parte de los jóvenes, no sólo dependiente de su situación socioeconómica sino, en igual o mayor medida, de las peculiaridades de su propia familia. En la parte desarticulada de familias pobres urbana, éstas no ofrecen nada sólido a los jóvenes en cuanto a valores y actitudes positivas ante la existencia. De tal manera, en los medios populares la rupturas intergeneracionales vienen siendo notablemente más acusadas que en los sectores medios y altos. En gran medida ello se explica porque el proceso de modernización también impacta la cosmovisión de los jóvenes pobres, quienes se hacen muy sensibles a las incitaciones del medio exterior por la debilidad de los nexos familiares. Incluso, algunas de las respuestas que esbozan no dejan de tener sus equivalencias con las de los jóvenes de sectores medios y altos.

El joven pobre es receptivo a las nuevas realidades, pugna por incorporarse a la sociedad de consumo, está pendiente de alcanzar una promoción social significativa y tiende a descartar, - con exagerado énfasis, los precarios valores que ha recibido de su entorno familiar. Por ello, si puede usarse la expresión de crisis familiar, resulta ser mucho más adecuada para describir - la relación que caracteriza el conjunto intrafamiliar entre los pobres, sobre todo entre padres e hijos.

Los valores negativos de la modernización se han interpuesto entre los jóvenes pobres a un ritmo más acentuado que entre los estratos superiores, tanto por el hecho en sí mismo de que los rasgos de la modernidad penetraron entre ellos con una fuerza relativa mayor durante los años 70, como debido a la disminución de las funciones propias de la familia. Los efectos de esta diferencia de ritmos han sido, por lo mismo, sustancialmente distintos. De una u otra forma, a pesar de la crisis de valores, los jóvenes de estratos medios y altos encuentran mecanismos de realización; tienen incluso la opción de refugiarse en la evasión y en el cinismo. Para los jóvenes pobres, en cambio, la realidad los enfrenta a una dura frustración de expectativas que conlleva actitudes díscolas que se manifiestan de manera brusca, incluso delictiva en las franjas extremas. La crisis de identidad cobra dimensiones dramáticas y la sociedad no provee

mecanismos para ayudar a resolverla. La alienación cobra matices particulares que forman parte de un trasfondo global de encrucijada histórica para la actual generación juvenil popular.

Este contexto tiende a ampliarse y a consolidarse en sus efectos negativos. En términos relativos, previamente los jóvenes de los medios populares tenían mayores salidas y lograban construir mecanismos colectivos de participación y de formulación de utopías progresivas, como sucintamente se observa a propósito del fenómeno de los clubes. Para el futuro próximo, luce que los patrones alienados tenderán a consolidarse todavía más, a tono con el ensanchamiento de las brechas intergeneracionales. En el porvenir inmediato de la juventud popular parecen no evidenciarse respuestas masivas para la superación de las líneas alienantes dominantes. De manera progresiva aparecen respuestas duramente contrastantes con los valores rurales de las anteriores generaciones. Ellas están matizadas en lo fundamental por los condicionamientos negativos del medio barrial en el cual polulan la agresividad, las expectativas rápidas de ascenso y las compulsiones angustiantes de la miseria, al tiempo que la corrupción, la drogadicción y la delincuencia experimentan alarmantes índices de incremento. La capacidad que se dibuja alrededor de estas realidades guarda nexos fundamentales con evoluciones sociopolíticas de la sociedad dominicana, que han sido uno de los elementos clave para introducir negativos cambios de valores en el conglomerado juvenil en su conjunto.

5 - LA JUVENTUD EN LOS PROCESOS POLITICOS

La emergencia objetiva de un vasto conglomerado juvenil se llevó a cabo durante la segunda parte de la dictadura trujillista, cuando se produjo el primer flujo modernizador que impactara el ordenamiento de los agentes sociales de acuerdo a parámetros de la sociedad capitalista moderna. Empero, ese fenómeno se gestaba en un entorno caracterizado por las limitaciones que imponía el régimen despótico. Es el caso del sistema educativo, que operó como un apéndice funcional para el orden político, en el que se inculcaban valores desfasados que tendían a acentuar el oscurantismo a que había sido sometida la colectividad dominicana.

En otro orden, la dictadura trató en todo momento de mantener bajo control la ampliación de los sectores medios, parte de una política inevitable de extorsión sobre la casi totalidad de la población. De tal manera, los fenómenos vinculados a la aparición del conglomerado juvenil conllevaban implícitos términos conflictivos con el esquema político vigente. Ello explica la magnitud que asumió lo político como categoría ordenadora de la aparición en la palestra histórica de la juventud dominicana.

Las contradicciones estructurales y sociales envueltas fueron tomando cuerpo a través de un aspecto decisivo en la

crisis histórica de la dictadura: la aparición de la juventud como categoría política que enarbolaba una recusación al orden vigente y propugnaba, confusamente, por una variación general de las relaciones sociales. En torno a dicho proceso se configuró una subcultura juvenil que expresó un marcado matiz generacional. El emergente movimiento había decidido negar la trayectoria de sus padres en todo lo referente a la relación del individuo con el contexto sociopolítico. Y, aunque tal diferenciación no alcanzara dimensiones absolutas, la praxis juvenil se caracterizó por la sobrepolitización, con un ímpetu tal que contribuyó a marcar la evolución política de la década siguiente a la muerte del tirano en 1961. Los movimientos políticos y sociales estuvieron atravesados por las expectativas de la llamada juventud de clase media; ésta simbolizaba el futuro, por oposición al pasado despótico, en una vertiente que entraba en confrontación con los agentes tradicionales de poder que lograron hegemonizar el Estado después de la liquidación del tirano.

La primera generación de la juventud postrujillista reaccionó frente al contacto que había tenido con la opresión política extrema y la sobreexplotación del conglomerado nacional. Pero tal fenómeno tomó especial magnitud a causa de las influencias que dejara el triunfo de los guerrilleros de Sierra Maestra. En 1959 se organizó en Cuba una expedición de exilados dominicanos que, aunque aplastada militarmente de inmediato, galvanizó las energías contenidas en la juventud; a los pocos meses se había constituido el Movimiento 14 de Junio, una organización clandestina, de miles de integrantes, donde

los que no pertenecían al estrato juvenil posiblemente no pasaban de una cuantas decenas.(43) Desde entonces se fue formulando un proyecto nacional de izquierda, en el cual la élite joven se autorreconocía como el agente más dinámico.

Ahora bien, tal proyecto contenía numerosas limitaciones. La juventud de izquierda no pudo arrastrar tras de sí al grueso de la población trabajadora, la cual se ubicó en posiciones populistas. Por otra parte, el nivel político de esa élite era muy bajo, dado el entorno de oscurantismo del cual salía, lo que hacía inevitable que cometiera errores de manera reiterada.⁽⁴⁴⁾ El fenómeno, sin embargo, siguió siendo significativo por cuanto las condiciones sociales, de no resolución de las herencias dejadas por la dictadura, así lo incentivaban.

La subcultura juvenil postrujillista en realidad trascendió al radicalismo de izquierda. En el nuevo contexto se abrieron variadas líneas de participación que convergieron en el surgimiento de numerosos movimientos. En primer término, cobró relieve el movimiento estudiantil; la mayoría de los partidos políticos estuvieron muy permeados por la participación de este contingente. Esto es aplicable al partido mayoritario, el populista Partido Revolucionario Dominicano (PRD), así como a otra formación que, aunque minoritaria, aglutinó a un segmento importante de jóvenes activos, el Partido Revolucionario Social Cristiano (PRSC), inicialmente en énfasis anticomunista, pero luego en su mayoría tornado hacia la izquierda.

Aunque improvisando, dada la ausencia de precedentes, los jóvenes fueron forjadores esenciales del proceso de democratización, al ser los principales actores del devenir sociopolítico. Lo hacían, además, en tanto que una suerte de representación de lo popular y de lo progresivo, con lo que dentro de esa subcultura se establecía un paralelismo entre el fenómeno generacional y las actitudes políticas y culturales. Respecto a lo último, aunque de un nivel cultural inferior al de la generación intelectual trujillista, los jóvenes de la primera generación postrujillista tuvieron la posibilidad de introducir significativos procesos de diversificación cultural que tendieron a aproximar al país a lo que sucedía en términos generales en el resto de la América Latina. En gran medida la compactación cultural y política de los sectores juveniles correspondió a élites políticas formadas en los años inmediatamente posteriores a la muerte de trujillo; esas élites pasarían a tener una poderosa continuidad en variados aspectos de la vida social, dentro de las asociaciones profesionales, sociales, culturales y políticas.

El proceso antes descrito tuvo por momento culminante la Revolución de Abril de 1965, fenómeno que entre otros elementos sintomáticos no dejó de comportar una carga generacional: los oficiales que la dirigieron representaban una clara agrupación de los cuadros jóvenes del ejército, sensibilizados por las demandas de democratización y permeados por las tendencias progresivas prevalentes en el conglomerado juvenil. La Revolución de Abril dejó una

profunda impronta en el sector juvenil durante los años siguientes a ella. Asociado a la izquierda revolucionaria, dicho sector consideró que seguían vigentes las condiciones para un nuevo es tallido revolucionario. Por ello, siguió jugando un activo papel en el proceso político a favor de la democracia y las reformas sociales, más allá de sus objetivos revolucionarios. (45)

En las nuevas condiciones históricas se fueron operando variaciones en el comportamiento de los sectores jóvenes. Por una parte, el fenómeno radical de izquierda dejó de tener la impronta de los años previos, aunque siguiese" siendo un fenómeno destacado hasta fines de la década de los años 70 e inicios de la siguiente. Aconteció, en relación a ello, el inicio de cierta despolitización entre sectores de la juventud de clase media. Por ello, el epicentro de la contestación juvenil radical se fue moviendo hacia sectores populares, mayormente barrios de Santo Domingo. Aunque el núcleo ex presivo del movimiento juvenil siguiera siendo el estudiantado, prin cipalmente el de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, en esa institución se fue registrando una sensible variación de los orígenes sociales de los estudiantes que expresaba la expansión del aparato educativo en el período previo. De tal suerte, el movimiento estudian til fue asumiendo cada vez más características vinculadas a sectores populares. Con ello advino una suerte de dualidad en su integración social, puesto que a la ya reconocida "juventud de clase media" se agregó lo que podría calificarse de una "juventud popular".

En ese nuevo momento del desarrollo del movimiento juvenil se incorporó una variación de los reflejos políticos. La influencia del Partido Revolucionario Dominicano desplazó una parte considerable de la identificación del movimiento juvenil con la izquierda revolucionaria. En cierta medida, ello se correspondió al mismo proceso de incorporación de jóvenes de origen más modesto que no habían participado en la expresión más radical de la subcultura juvenil. Se daba cierta correspondencia entre el fenómeno de masas populares que traducía el perredeísmo y estas nuevas posiciones en el movimiento estudiantil. Hay que tomar en cuenta, además, que el populismo se encontraba en una etapa de radicalización que le permitía absorber energías juveniles. De todas maneras, siguió presente un amplio segmento de jóvenes que acogían ideas de izquierda revolucionaria, quizás incluso con más organicidad que en años anteriores.

Esto último da cuenta del hecho de que finalmente se mantuviese la separación del sector juvenil dentro del movimiento popular. Las generaciones mayores mantenían ideas democráticas y avanzadas, - pero claramente deslindadas del radicalismo de la juventud. En ello operaba un nivel político y cultural más bajo y un sentido común generacional ante los problemas.

Además de la beligerancia del movimiento estudiantil, cobró relieve en la juventud un nuevo fenómeno de masivas proporciones desde fines de los años 60 hasta fines de la década posterior: Se trató de los clubes juveniles ubicados en los barrios populares. En torno

a ellos emergieron nuevos componentes dentro del conglomerado juvenil, siendo de relevancia su vinculación con medios populares en los cuales antes no existían instituciones políticas y culturales. (46)

Aunque más localizado, otro proceso de significación en esos años fue la radicalización de los jóvenes cristianos. El ambiente revolucionario se conectó con los sentimientos religiosos, dando lugar a varios movimientos e instituciones que proyectaron en los medios cristianos ideas radicales. En el seno de la iglesia se produjo una coyuntura algo favorable debido a los ecos de la conferencia de Medellín. La radicalización se manifestó tanto en los colegios católicos como en estratos más populares vinculados a la juventud estudiantil católica. Desde estos grupos se fueron gestando corrientes políticas de extrema izquierda que a los pocos años terminaban por desligarse de la iglesia e incluso de las ideas religiosas. Aunque el momento de máximo apogeo de esta corriente cristiana de izquierda fuera el final de la década de los 60, con altos y bajos se prolongaría durante unos años más. (47)

En medio de estos relativos auges radicales de la juventud, se iban produciendo fenómenos históricos que prepararían las condiciones para su disolución. En particular, mediante un programa desarrollista, el sistema obtuvo éxitos económicos que le permitieron consolidar las posiciones del Estado como agente de la contrarrevolución. Se erradicó así, de manera definitiva, el peligro de un nuevo intento de asalto revolucionario, y para

mediados de la década de los 70 ya era patente un debilitamiento de las fuerzas de la izquierda. Advino, en contra partida, una tendencia creciente hacia la democratización de la vida política, en cierta medida accionada por cambios en las condiciones internacionales, como el auge de la socialdemocracia en Europa. La neutralización de sectores medios se tornó para entonces en un mecanismo efectivo del orden. Ello explica que se operase un giro del movimiento popular, en el sentido de que varió la expectativa de la revolución por la de reformas de corto plazo al interior del sistema, para lo cual se contó con la llegada al poder del PRD.

La gran masa de jóvenes se integró a la "esperanza nacional" encarnada en el populismo. Entre los jóvenes burgueses se había experimentado una cierta liberalización como consecuencia de la tendencia democrática prevaleciente. A pesar del impacto del consumismo que ya había sobrevenido en los estratos altos de clase media, todavía sus estamentos juveniles se inclinaban a una simpatía democrática. Con cambios, se mantenía una ilusión progresista ampliamente compartida que sólo era en parte recusada por los sectores más activos del estudiantado de izquierda. Pero aun entre ellos, operaron condicionamientos de integración a la democratización, primero por una dialéctica antibalaguerista prevaleciente y, segundo, porque comenzó a emerger una respuesta pragmática, todavía de compromiso con las anteriores actitudes, en el sentido de que había llegado un momento de mejoras sociales a las cuales no se debía renunciar y que permitían promociones individuales y colectivas.

En este contexto sobrevendrían rápidas mutaciones que disolverían al cabo de unos años la subcultura juvenil gestada desde fines de la dictadura. Se trató de un proceso en que se imbricaron cambios de valores, cooptaciones al sistema de gran parte de las élites juveniles y una frustración que conllevó a una despolitización como fenómeno distintivo de la actual situación de la juventud dominicana. El análisis de esta situación requiere la incorporación de planos diversos en la evolución juvenil, sobre todo en cuanto a la emergencia de nuevos valores.

6.- CAMBIOS DE VALORES Y DE REFERENCIAS POLITICAS

La modernización de los años 70 fue introduciendo signi
ficativos cambios en un conjunto de parámetros culturales de la
sociedad dominicana, sobre todo de sus sectores medios y altos
urbanos. Esos cambios tuvieron indudables repercusiones en la
vida cotidiana de amplios sectores de la juventud, contribuyen-
do a desatar nuevos mecanismos de socialización, como ha sido -
puesto de relieve a propósito del papel de la educación masifica
da y de las nuevas formas de patrones familiares.

En términos generales, de la urbanización provino un au-
ge modernizador en el que los grupos sociales tendieron a ajus-
tarse a parámetros propios de la sociedad capitalista contemporá
nea. El crecimiento económico de una década conllevó a una -
transformación de todas las clases sociales, pero en el panorama
político y cultural tal hecho tuvo sus mayores consecuencias en
los cambios experimentados por los segmentos de altos ingresos
de la población. Hasta fines de los años 60 la burguesía domini
cana estaba constituida por comerciantes y por latifundistas; -
sus niveles de acumulación eran escasos y el número de sus inte-
grantes todavía restringido. Su presencia en la vida política
era bastante pequeña. Durante los 70 dicho sector se modernizó
al incorporarse a la industria sustitutiva de importaciones, a -

servicios típicamente urbanos y a la banca. Sus rangos experimentaron gran expansión y los niveles de acumulación tomaron no solamente formas modernas, sino dimensiones considerables.

En los sectores medios sobrevino un fenómeno accesorio de crecimiento, determinado por el de la burguesía. La expansión de la ciudad de Santo Domingo como polo urbano le dio consistencia al proceso, pues lo asoció a las nuevas tareas del Estado, al incremento del papel de distintos aparatos, como la educación, y al dinamismo económico, que demandaba técnicos y especialistas. En términos materiales dicha expansión se hizo visible con la industria de la construcción, subvencionada por el gobierno para apoyar a los grupos medios emergentes.

Las políticas de ahorro-inversión no obstaculizaron el fenómeno puesto que el congelamiento del número de empleados del Estado se respondió con la aplicación de diversos sucedáneos. Gran parte de esos nuevos grupos que accedían a los sectores medios experimentaban subsiguientes momentos de movilidad social ascendente, a consecuencia de lo cual se combinaron dos fenómenos: el ensanchamiento del papel de los sectores medios en la estructura social y las transformaciones operadas a su interior. A su vez, de ello provino una dimensión entre esos sectores que podría calificarse como la eclosión de "nuevas capas medias". Esas capas medias "nuevas" estuvieron caracterizadas por el control

del saber o al menos por actitudes compatibles con los procesos de modernización que las distinguían de los estratos tradicionales. Aunque no pueda calificarse el fenómeno en un plano juvenil, no dejó de contener acusados matices generacionales dado el incremento de la instrucción en la generación emergente y, si se quiere, dispositivos mentales ajustados a los requerimientos prácticos del proceso social.

Es notorio que en estos nuevos estratos es que se define claramente una movilidad ascendente, colocando a muchos integrantes de los sectores medios en posiciones burguesas o muy cercanas, tanto en ingresos como status social. Esa diferenciación hizo de dicho sector el agente central de la modernización en términos de masas, lo que, en condiciones de auge económico, impulsó patrones de consumismo calcados de los Estados Unidos. De tal manera, a lo largo de la década fueron gestándose procesos sociales en los sectores medios y en la burguesía que terminarían con significativos reflejos en cosmovisiones globales y actitudes diversas en la vida cotidiana. Las tradicionales capas medias, en gran medida modestas, para no decir pobres, de posiciones políticas progresistas o revolucionarias, lentamente experimentaron transformaciones a su interior o conocieron yuxtaposiciones que convergieron en capas medias burguesas. Por tal razón, del fenómeno social se pasó al fenómeno ideológico y político, aun cuando el tránsito no tuviese características mecánicas, sino que guardara tenues sutilidades e

inicialmente no se manifiestara en una homogénea conservadurización, dadas las tradiciones democráticas presentes en ese sector de clase.

Lentamente, sin embargo, se fue produciendo el ajuste ideológico ante el fenómeno clasista. Este hecho sobrevino mayormente tras la llegada del PRD al gobierno. Los sectores medios que todavía conservaban ilusiones nacionales las fueron perdiendo al incorporarse a la lógica del poder. En ello operó una desilusión colectiva que colocó a los estratos medios en actitudes cada vez más "realistas" ante el fenómeno político. En todo caso, la democracia perredeísta implicó una negociación de nuevo corte entre sectores medios y burgueses y un poderoso acercamiento de los primeros a los segundos. En variados aspectos se finalizaba una tendencia histórica que había arrancado mucho tiempo atrás.

En las condiciones referidas, los procesos sociopolíticos se matizaron por una subcultura de los estratos favorecidos de la población que se había ido configurando, en términos generales, - durante los años de máxima expansión económica y de ampliación de la urbanización. Los jóvenes de esos sectores jugaron un papel de gran significación dentro de este fenómeno, por cuanto constituían el estrato generacional que lo asumía en sus mayores dimensiones y porque le incorporaban aspectos no presentes en los grupos de edades mayores:

El componente capital dentro de esta subcultura fue la tendencia a la "norteamericanización" de los estratos altos. - El delirio consumista significó no solamente un claro acercamiento a patrones copiados de Estados Unidos, sino una tajante diferenciación respecto a las grandes masas, puesto que el país seguía caracterizado por bajísimos niveles de ingresos per cápita. No obstante, cada vez más ganaron posiciones en la simbología clasista una serie de actitudes que tendían a desnacionalizar a los altos estratos. Con ello se producía un fenómeno mucho más profundo, conectado a la gran desilusión nacional que sobreviniera tiempo después de iniciada la gestión perredeísta: desapareció en los grupos altos, y en parte de los medianos, la noción de un proyecto nacional, para situarse en una dimensión accesorio de la evolución de la metrópoli del norte.

{ En los grupos juveniles la vacuedad ideológica pronto tomaría características devastadoras. La incorporación al consumismo se trocó en un abandono de los ideales que en términos relativos tipifican la etapa juvenil ⁽⁴⁹⁾ Lejos de haber sido sólo un fenómeno de conservadurización política, advino la despolitización, la despreocupación por lo público en aras del refugio en lo individual desde una posición cultural pobre. De tal manera, la incorporación al consumismo fue significando un proceso degradatorio en el plano moral. Naturalmente que ello no se saldaba en una desmoralización completa que abarcara a la generalidad de --

jóvenes pertenecientes a las nuevas capas medias y a la burguesía, pero la tendencia ha sido tan poderosa como para que haya constituido uno de los fenómenos históricos de mayor relieve en los últimos años; y no tanto por sus implicaciones dentro de esos sectores de clase, sino por formar parte de fenómenos globales de la sociedad dominicana. Y es que los patrones de estos jóvenes han pasado a tener un efecto multiplicador sin precedentes sobre el conjunto de la juventud, formando parte de una situación que apunta a lo que podría calificarse de crisis histórica.

Los mecanismos de transmisión cultural puestos en funcionamiento en los últimos años han conllevado a que se hayan creado expectativas de consumo entre amplios contingentes de la población popular joven, incluyéndose la de las zonas rurales. Tal fenómeno guarda conexión con procesos sociopolíticos, así como con procesos culturales y sociales que están adquiriendo fuerte desarrollo. Respecto a lo segundo, cabe insistir en el ímpetu que tienen valores norteamericanos que se han venido expandiendo por los mayores espacios de las clases burguesas y por los manejos comerciales de los medios masivos de comunicación. Por lo menos una parte muy elevada de la programación de televisión, fundamentalmente la de "series", proviene casi exclusivamente de los Estados Unidos. Desde hace unos cinco años, por otra parte, se han expandido diversas modalidades de recepción directa de la --

televisión norteamericana, sobresaliendo el llamado telecable, ya parte de la vida cotidiana de amplios sectores urbanos.

Como resultado de esta influencia se han extremado los acercamientos y hasta las actitudes miméticas hacia lo norteamericano, más allá de los términos sociopolíticos locales. Tal variación puede percibirse en nuevos criterios que pautan la programación de los mass-media como esquema de diversión en los jóvenes.

La otra conexión fundamental por donde este proceso está cobrando un rápido incremento se encuentra en la colonia dominicana en los Estados Unidos, cuya magnitud antes fue ponderada. Ese segmento responde a una salida que, como se ha visto, afecta mayormente a la juventud. El empeoramiento de la crisis permite prever que irá en aumento. Su estabilización en los Estados Unidos-donde ya ha surgido una generación de nacidos allí-ha provocado que cristalicen influencias socioculturales del entorno en el cual se desenvuelve, no obstante su marginación como una típica minoría nacional dentro de los Estados Unidos.

En los últimos años la comunidad dominicana en los Estados Unidos ha registrado significativas variaciones, puesto que se ha nutrido de sectores medios urbanos, lo que hace que su incidencia cultural sea mayor que antes. Aunque sometida a duras condiciones de vida y con pocas perspectivas de retorno al país,

la migración no abandona la práctica de mantenerse conectada al medio originario, en parte por apego y en parte por la cercanía geográfica. En consecuencia, la masiva relación se traduce en un incremento de la influencia cultural norteamericana, extrema da con remesas a familiares en dinero y naturaleza, de lo que surge una imagen fantasmagórica acerca de bondades materiales de los llamados "países". De ello está resultando un fenómeno masi vo: la limitación de las expectativas en el plano local se compensa con el proyecto de emigrar, tornado éste en un ímpetu que consume gran parte de las enérgías y de las ilusiones de la población urbana joven e incluso de algunos segmentos de la población rural.

Los dominicanos ausentes estimulan la reacción en base a actitudes esquizoides. Normalmente se sienten frustrados y opri midos en la metrópoli imperial, pero son conscientes de que no tienen otra oportunidad que mantenerse en ella para una supervivencia en condiciones mínimas de decoro material. Saben que su condición humana ha empeorado, pero el estrechamiento de las con diciones materiales en la isla les obliga a descartar la opción del retorno. Por ello, adoptan el comportamiento de triunfadores ante amigos y familiares que no han emigrado y, con los regalos de mercancías sofisticadas, proyectan una imagen falseada de su condición y de su sentir.

Existen situaciones dentro de la comunidad dominicana en Estados Unidos todavía más contraproducentes. Se trata del hecho de que su ubicación, desde una sociedad todavía de fuerte raigambre campesina, en la metropoli industrial por excelencia genera profundas confusiones y alteraciones síquicas y de identidad. - El resultado es la incorporación de los valores más bajos de la cultura prevaleciente en los Estados Unidos. Es decir, el estado de marginación y de pobreza relativa a que están sometidos los dominicanos los excluye, por definición, en una mayoría abrumadora de casos, del acceso a la educación y a la cultura. El consumo de bienes manufacturados, antes imposible, se desliza hacia - entornos caracterizados por una acusada alienación. De ello sobrevienen expectativas negativas que en una proporción significativa de casos conlleva a prácticas antisociales. Al menos los índices aparentes de drogadicción y de prácticas delictivas en la comunidad dominicana en los Estados Unidos muestran niveles muy elevados, probablemente sólo superables por comunidades nacionales minoritarias en condiciones parecidas.

Ahora bien, ese fenómeno puede afirmarse -aunque no se tengan disponibles estudios al respecto- que afecta de manera - mucho más elevada a la población joven que a la adulta. Habría varios factores psicológicos y sociales que explicarían la diferencia, aunque ya no sería materia del presente texto. Resumiéndolos, en todo caso, habría que partir de que los adultos -

conservan en mucho mayor dimensión los prototipos originarios de la isla, por lo que no experimentan una crisis de identidad parecida a la de los jóvenes. A ello habría que agregar elementos psicológicos de la condición del joven que le llevan a actitudes innovadoras y hasta aventureras. El hecho mismo de la emigración no deja de ser una pequeña aventura que, al ser enfrentada en su crudeza y dentro de condiciones harto propicias para la práctica delictiva, conlleva a rápidas mutaciones morales.

Ahora bien, de más en más la práctica delictiva es objeto de poderación como proyecto en los jóvenes que tienen su expectativa en la emigración a los Estados Unidos. Cuando la figura del delincuente aparece en un barrio popular, lo hace como un triunfador -imagen de por sí ya popularizada por el bombardeo de los mass-media norteamericanizados-, generando empatías. De manera que mientras no se produce la emigración, el anhelo de mayores niveles de consumo y el recrudecimiento de la mala situación económica nacional disparan respuestas delictivas en los centros urbanos.

(50)

Naturalmente que estas situaciones no se limitan al aspecto delictivo, sino que abarcan múltiples otros niveles. Es el caso de la drogadicción, hasta hace pocos años un fenómeno pequeño y restringido fundamentalmente a sectores altos. Aparentemente, en la actualidad los índices de drogadicción tienden a

aparejarse entre jóvenes de sectores burgueses y de sectores populares . Es evidente que la droga ejerce efectos nocivos mucho mayores entre los jóvenes pobres, por cuanto carecen de recursos para la rehabilitación y adoptan comportamientos más desajustados respecto a los determinantes de su medio social.

Todo lo anterior adquiere sus consecuencias como parte de un tramado regido por los efectos de los procesos políticos. El ascenso del populismo al poder eliminó expectativas progresivas y conllevó cambios sustanciales en las posiciones de las clases y fracciones de clases. Este sentimiento de consenso en la participación en el Estado tuvo efectos sorprendentes en cuanto a valores morales, más aún que a las actitudes políticas. En la medida en que se producían integraciones al sistema por medio de los gobiernos perredeístas, se planteaba la consecución de objetivos estrictamente individuales al margen de las formas que los faciliten. La corrupción ha devenido en una nota dominante no solo de la práctica del poder sino de aspiraciones que se han deslizado al sentido común. En los jóvenes tal variación ha tenido mayores consecuencias en tanto que no lograron acumular determinados reflejos morales tradicionales en las anteriores generaciones. De manera que su integración a la vida social se da en condiciones cada vez más degradadas, de donde surge una serie de causas y efectos interrelacionados. Parece que se han perdido las medidas de lo objetivo y todo

autoriza al despliegue de procedimientos que vulneran los cánones morales preestablecidos.

La crisis, acrecentada en los últimos años, ha tenido efectos paradójicos dentro de la urdimbre descrita. Lejos de haber contribuido a un cuestionamiento del orden desde posiciones políticas avanzadas y de rescate moral, ha fomentado la expansión de las respuestas individuales que van desde el delito hasta el carrerismo corrupto. Los mecanismos sociales y políticos vigentes incentivan las aspiraciones al consumo y hasta al enriquecimiento individual, lo que en un entorno de estancamiento económico termina por gestar una alienación generalizada en gran parte del colectivo social, de especial intensidad en los medios juveniles.

7.- SUGERENCIAS PARA LA ACCIÓN.

1. Aunque parezca extraño, todavía subsisten reservas morales en una parte de la juventud. Cualquier política de corto plazo debe ante todo plantearse los medios de evitar que la desmoralización creciente termine por eliminar esas reservas

2. En función de lo anterior, el énfasis hasta el mediano plazo debe otorgarse a la recomposición de una élite juvenil progresista que tenga capacidad de dirigirse tanto a los jóvenes como a la colectividad en general. De manera que la visualización de una estrategia de masas pasa, en una primera etapa, por la estructuración de la reserva más positiva

3. En razón de que los mecanismos sociales han experimentado variaciones sustanciales en los últimos años, es lógico que se requiera de un rediseño global de objetivos y métodos operativos, a fin de que esta posible élite activa pueda ejercer una influencia significativa en el largo plazo.

4. Dos cuestiones prácticas serían adecuadas para resolver la tarea propuesta: la búsqueda de instancias unificadoras de los grupos juveniles existentes y la canalización de medios que permitan agregar nuevos grupos de jóvenes, tanto en las organizaciones existentes como en otras por crearse.

5. Lo anterior sólo sería posible si se parte de que las propuestas de unificación se conciben dentro del reconocimiento de la necesaria pluralidad de los posibles movimientos juveniles emergentes. De ahí se colige que se piensen instancias diversas que se

articulen en puntos unificadores.

6. En principio, dentro de esas instancias, podrían señalarse en lo inmediato dos que pueden surtir efectos de corto plazo para la reconstitución de una élite activa: lo cultural y lo ético. En medio de la descomposición moral de la sociedad es de urgencia que se constituya un núcleo capaz de incidir en la lucha por el rescate de valores morales vistos en una óptica ajustada a los imperativos del proceso.

7. Esta propuesta ética, a su vez, se resuelve, en forma plausible dentro de las circunstancias presentes, por medio de una jerarquización de las labores culturales. Lo cultural puede, así, ser el receptáculo de un proyecto histórico alternativo, de base popular, susceptible de cuestionar las tendencias predominantes en la sociedad.

8. La élite juvenil propuesta tendría que formular el proyecto de constituirse en sector intelectual representativo de los intereses populares. De manera que su práctica sólo tendría sentido en la medida en que lograrse articular un discurso que contenga consecuencias sobre la praxis de las mayorías de la población.

9. Tal propuesta estaría llamada a contribuir a preparar el terreno para que se produzcan giros netos de comportamientos sociales a partir del instante en que la corrupción y el clientelismo dejen de tener la eficacia que hasta ahora han logrado. Es de suponer que esto sucederá en tanto que los problemas de fondo no se resuelven y la pauperización de la masa pobre no ha cesado de profundizarse.

10. La propuesta élite juvenil unificada, por ende, deberá esbozar los lineamientos para insertarse en los movimientos sociales progresivos, esto es, participar dentro de las respuestas que se vayan gestando frente a la extorsión económica, la corrupción y los recortes a la democracia

11. Al mismo tiempo, deberá esbozar líneas de canalización de expectativas sanas de todo el conglomerado juvenil mediante una definición sectorial de políticas. Tal cosa incluye, de manera acusada, el desarrollo de procedimientos autogestionarios; al mismo tiempo, las presiones al Estado para que mejoren servicios dirigidos a la juventud.

12. Resaltaría, en relación a lo anterior, la lucha por una mejoría de la calidad del sistema educativo, tanto preuniversitario como universitario, formando parte de una demanda de democratización real de la cobertura educativa. Aunque parezca raro, una mejoría de la educación formal tendría una relevante incidencia sobre el conglomerado juvenil.

13. Ahora bien, esa demanda debe acompañarse por la capacidad autogestionaria de los jóvenes, mayormente dirigida a provocar un sustancial incremento de la educación informal. También sería de alta conveniencia lograr que el Estado asuma sensibles cuotas de responsabilidad en esta dirección

- (1) Una referencia sobre las características de los jóvenes latinoamericanos, centrada en el caso de México a finales de los 60, en Vilma Fuentes, Los jóvenes, México, Siglo XXI, 1971.

- (2) Véase Bruce Calder, The impact of intervention. The Dominican Republic during the U.S. Occupation of 1916-1924; Austin, University of Texas Press, 1984, pp.XXVI-XXX.

- (3) Por ejemplo, José Miguel Guzmán en "Cada vez menos hijos: tendencias de la fecundidad en la República Dominicana 1960-1981", en CONAPOFA, Población y Sociedad (Seminario Nacional), S.D., 1985, pp.61-86.

- (4) Cfr. Edelberto Loaiza C., "Tamaño y composición de la población en la República Dominicana, 1950-2000", en CONAPOFA, Ibid., pp.19-47.

- (5) José Miguel Guzmán, art. cit., passim.

- (6) Julio César Mejía Santana, "Migración interna, estructura

ocupacional y movilidad social en la ciudad de Santo Domingo", en CONAPOFA, op. cit., pp. 119-135

- (17) Según la Encuesta de Migración a Santo Domingo y Santiago, el 62.1% de los migrantes a la ciudad de Santo Domingo provenía de localidades urbanas antes de la migración, pero sólo el 54.7% había nacido en ellas, lo que da cuenta del carácter de primera etapa en la migración que tienen las ciudades pequeñas. Ibid., cuadros Nos. 2 y 3
- (8) De acuerdo al censo agropecuario de 1971, el 72% de las explotaciones agrícolas tenía menos de 5 hectáreas; más aún, el 16.2% tenía menos de 0.5 hectáreas.
- (9) Un indicador de ello se encuentra en la encuesta recogida por Julio C. Mejía S., art.cit., pag.131. De la población migrantes ocupada el estrato no manual que antes de la migración constituía el 29.0%, pasó a ser el 46.1% después de la migración. También se registra la expansión de ocupaciones manuales en sectores modernos, que implican una evidente movilidad ascensional en relación a la condición típica del campesino; eses estrato manual pasó del 22.9 al 48.1%.
- (10) De acuerdo a esa fuente, la evolución quinquenal de la entrada de dominicanos a los Estados Unidos ha sido la siguiente

<u>Período</u>	<u>Inmigrantes admitidos</u>	<u>Visitantes temporales</u>
	(Miles)	
1961-65	35.3	84.0
1966-70	58.2	147.4
1971-75	67.3	162.4
1976-80	73.7	171.1
1981-84	64.4	159.2

SIN, Anual Report, 1957-80. Department of Commerce, Statistical Abstract of the US, Apud, Franc Báez Evertsz y Frank D'Oleo Ramírez, La emigración de dominicanos a Estados Unidos: determinantes socio-económicos y consecuencias; S.D., Fundación Friedrich Ebert, 1986, pág. 15.

Se desprenden del anterior cuadro, sin embargo, varias hipótesis. En primer término, que a partir de 1965 se registró un ritmo de entrada de dominicanos muy superior al quinquenio previo; desde entonces el crecimiento fue sostenido pero moderado. Por otra parte, una porción de los visitantes temporales permanece como inmigrante en condición ilegal. De manera que las dos columnas en conjunto en realidad ofrecen una indicación sobre el proceso migratorio. Su aspecto realmente problemático está en el último quinquenio, por cuanto a las disminuciones de inmigrantes y visitantes se ha correspondido un alza muy elevada en la entrada ilegal.

(11) Si se sigue la información oficial norteamericana habría no mucho más de 300,000 dominicanos residentes en Estados Unidos. Ahora bien, es materia de consenso desde hace unos dos años que el número se sitúa en cerca del millón de personas, y para la actualidad en algo más. Báez y D'Oleo, - para 1984, utilizando un sistema de hipótesis llegan a un máximo de 650,000 inmigrantes y 130,000 descendientes, a los que agregan un flujo circular de 100,000, para totalizar 880,000 personas. Báez y D'Oleo, op. cit., pp.14-16

(12) Según esos autores (pág.28), "el 75% de los solicitantes de visas norteamericanas tiene edades que fluctúan entre 16 y 35 años, siendo el 54% de los mismos solteros". Si se asume la distribución de los solteros que muestra el censo de población de 1981 para los grupos de edades de 15 a 24 años y de 25 a 34, se podría estimar que el 33% de los migrantes aproximadamente son jóvenes comprendidos entre los 15 y los 24 años. Esta hipótesis mínima es corroborada por la información de la policía, recogida por los autores citados, de que el 60% de los muertos en naufragios de pequeñas embarcaciones zozobradas en travesías ilegales a Puerto Rico eran menores de 30 años.

- (13) Para la primera mitad de la década de los años 70, en la zona urbana el 29% de los alumnos se encontraba en primer curso, el 16% en el segundo y el 16% en el tercero; en la zona rural la relación cambiaba a 42, 21 y 16% respectivamente. En la zona urbana, pues, los tres primeros cursos abarcaban el 61% del total y en la rural el 80%. Secretaría de Estado de Educación Bellas Artes y Cultos (SEEBAC), Plan de desarrollo educativo (Documento de trabajo), s/f (mimeografiado).
- (14) Un indicador elocuente es la alta repitencia en los tres primeros años de primaria en las zonas rurales. Para 1967 a 1973 se puede observar en el siguiente cuadro la diferencia con el fenómeno en las zonas urbanas:

Porcentaje de repitencia en los
tres primeros años de primaria
según zona de residencia.

<u>zona</u>	<u>1ro.</u>	<u>2do.</u>	<u>3ro.</u>
urbana	18.6	4.1	4.4
rural	70.4	21.8	13.4

Fuente: SEEBAC, Diagnóstico del sector educativo en República Dominicana, S.D., 1979.

- (15) Cfr. Angel E. Hernández, "Niveles educativos de la población", en CONAPOFA, op. cit., pag. 701.
- (16) Un documento oficial, aunque indirectamente, así lo reconoce: SEEBAC, Estudio y análisis de la educación de adultos en la

República Dominicana. (Borrador del informe final), S.D., 1981.

- (17) En el área urbana, de 365,000 inscritos en los seis primeros cursos de primaria, 69,000 se encontraban en colegios privados, 40,000 en colegios con apoyo público y 256,000 en escuelas públicas. En la zona rural, en cambio, los 501,000 inscritos se encontraban en escuelas públicas. SEEBAC, Diagnóstico... pag. 35.
- (18) Cfr. Frank Marino Fernández, El sistema educativo dominicano, S.D., Editora Taller, 1965; Jorge Max Fernández, "Educación superior y población: una reflexión", en CONAPOFA, op. cit. pp. 705-716.
- (19) Frank Marino Hernández, op. cit., pag. 98.
- (20) Tirso Mejía-Ricart, La educación dominicana, 1961-1980, S.D., UASD, 1981.
- (21) Cfr. Felipe Richardson, Informe Richardson. Opiniones críticas sobre la UASD, S.D., Editora Taller, 1977, pp. 5-7.
- (22) No obstante, es bastante abundante la bibliografía sobre la problemática de la UASD. Esos textos, sin embargo, se sitúan en un plano aislado respecto a la práctica real de la institución, o bien no han sido tomados en cuenta por la descentrali

zación del poder; por otra parte, al estar insertos en el interior de la institución, normalmente no se abocan a tocar los puntos nodales por sus álgidas consecuencias. Entre ellos vale citar: Hugo Tolentino, Discursos desde la rectoría, S.D., UASD, 1976; Tirso Mejía-Ricart, Diez ensayos sobre reforma y planeamiento universitarios, (dos tomos), S.D. UASD, 1975; Guarocuya Batista del Villar, Universidad crítica y patria soberana, S.D., UASD, 1977.

(23) Felipe Richardson, op. cit., pp. 10 y ss.

(24) Si se restringe el señalamiento a la izquierda se debe a su relativo nivel político y responsabilidad en abstracto. Pero, en realidad, el populismo ha compartido de igual manera el control sobre la universidad pública, habiendo sido su incidencia probablemente más negativa. Ello es debido a la diferencia de niveles intelectuales entre los dos sectores y a una práctica consustancial de dicho segundo sector, ampliamente puesta en práctica en el Estado desde 1978. Ahora bien, desde entonces la izquierda ha cobrado un influjo menos compartido que en algunos de sus sectores se ha traducido en una repetición localizada de lo que ha hecho el populismo en el conjunto del país.

(25) En el censo de 1960 parecen haberse utilizado criterios distintos para la actividad femenina, puesto que el enorme incremento de sus tasas de participación para 1970 no se co-

responde con la actividad económica global. Muy posiblemente la diferencia se ubique en cuanto a la clasificación de la población femenina rural ocupada en tareas agrícolas.

- (26) En la encuesta urbana, así como en los censos, se califica en la p.e.a. a aquellos que están buscando trabajo. En la encuesta rural se añadió a aquellos que buscarían trabajo si viesen la oportunidad de encontrarlo. Esta última aceptación de la p.e.a., que tiende a incrementar las tasas de participación y de desempleo respecto a las otras encuestas, parece, sin embargo, mucho más realista. En un entorno de agudo desempleo, como el que se ha registrado tradicionalmente, es evidente que hay sectores de la población que no buscan empleo por asumir la imposibilidad de conseguirlo. Esto es importante precisamente en los grupos jóvenes urbanos, que se mantienen en el sistema educativo en tanto no tienen otra alternativa, pero que, de presentarseles la posibilidad de empleo, estarían en disposición de abandonar de inmediato los estudios, de ser necesario, para incorporarse al mundo laboral.
- (27) Parece necesario insistir en la relativización de estas comparaciones, dada la diferencia metodológica antes descrita. Sin embargo, son las únicas informaciones disponibles por cuanto las cifras publicadas del censo de 1981 no distribuyen la p.e.a. total por zona de residencia, sino sólo la ocupada y con un margen de imprecisión bastante alto.

- (28) Isidoro Santana, "Empleo y juventud en la República Dominicana (Ponencia en el seminario Situación y Perspectivas...).
- (29) Isidoro Santana, Tendencias recientes y perspectivas de la situación ocupacional en R.D., Instituto de Estudios de Población y Desarrollo, 1985.
- (30) FREALC, Empleo y política económica de corto plazo (República Dominicana 1983), S.D., 1983 (mimeografiado).
- (31) Isis Duarte, Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo, S.D., CODIA, 1980.
- (32) Probablemente el primer estudio sobre la evolución familiar, con un intento de conceptualización, sea el del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), "La familia dominicana", Estudios Sociales, Año IV, No. 13 (enero-marzo de 1971) pp. 1-37.
- (33) CIAS, "¿Creciente desintegración de la familia dominicana?", Estudios Sociales, Año I, No. 4 (octubre-diciembre de 1968), pp. 189-206.
- (34) Para una aplicación del concepto en torno a la familia dominicana, véase Fernando Ferrán, "La familia nuclear de la subcultura de la pobreza", Estudios Sociales, Año VII, No. 27 (junio-septiembre de 1974), pp. 137-185.

- (35) Para una explicación pionera, centrada en El Salvador, véase Edelberto Torres-Rivas, "Familia y juventud en El Salvador", en Adolfo Gurrieri et al., Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana, México, Edit. Siglo XXI, 1971, pp. 231 y ss.
- (36) Conferencia Dominicana de Religiosos, "Cultura e identidad nacional", Estudios Sociales, Año XVIII, No. 62 (octubre-diciembre de 1985), pag. 70.
- (37) El incremento de las uniones libres respecto a los matrimonios va parejo a la emergencia de nuevas generaciones, lo que se refiere sobre todo a los sectores urbanos pobres, aunque también se manifiesta en los sectores rurales empobrecidos y en la pequeña burguesía urbana a causa del factor señalado en las páginas 77 y 78. El siguiente cuadro ofrece una referencia global suficiente del ritmo del proceso:

Población de 15 años y más, por estado civil según grupos de edad (miles de personas)

Edad	Total	Soltero	Casado	Unido	Otro
15-19	707.8	617.4	17.0	60.3	13.2
20-24	563.7	327.2	60.3	146.5	29.8
25-29	429.2	135.4	98.6	163.7	31.5
30-34	340.6	61.7	106.2	145.4	27.4
35-39	274.5	35.5	96.9	118.4	23.6
40-44	235.4	24.9	94.1	90.8	25.6
45-49	195.2	19.5	84.5	66.0	25.1
50-54	182.5	18.1	81.1	54.7	28.7
55-59	115.6	11.5	53.5	28.0	22.6
60-64	103.8	11.3	44.3	23.0	25.2
65 y más	204.5	23.8	74.3	30.1	76.1

Fuente: Censo Nacional de Población y Vivienda 1981. Resultados preliminares obtenidos por muestra,

- (38) La tendencia progresiva se infiere de la comparación de las informaciones disponibles sobre relaciones familiares en los barrios marginados, las cuales muestran una tendencia al incremento de las formas extremas de familia propias de la cultura de la pobreza. Así, por ejemplo, todavía en 1967, una encuesta entre población marginal de Santiago, de un total de 737 caso arrojó los siguientes resultados: familias con sólo la madre 180 y familias con sólo el padre 42. Aunque es de suponerse que dentro de la mayoría de familias con padre y madre gran parte tendría lazos inestables, hoy día es seguro que en cualquier población marginal los hogares carentes de uno de los conyuges cubren una proporción bastante más elevada. Cfr. CIAS, "La familia...", pag. 22.
- (39) Isis Duarte califica el fenómeno como de "redes informales... como unidad de sobrevivencia" para luego señalar: "...la gran inestabilidad del jefe de familia demanda una participación de los demás miembros en subocupaciones que permitan completar un sustento mínimo o atenuar las condiciones difíciles de supervivencia de la familia.", Isis Duarte, op. cit., pag. 481.
- (40) Refiriéndose a la tipología desarticulada de la cultura de la pobreza, refiere el estudio de CIAS: "Las posibilidades

de una educación familiar liberadora en este tipo de familia son mucho más reducidas que las existentes en los otros tipos de familia...", CIAS, "La familia ...", pag. 25.

- (41) Empero, esto no elimina determinados rangos de concordancias mientras el joven permanece en el hogar de los padres, no importa la gradación de desarticulación que registre el núcleo familiar. El joven está obligado a mantener una solidaridad con el entorno familiar mediante aportes, en tanto que sus padres deben estar de acuerdo con las respuestas que vayan derivándose de su creciente independencia. En el fondo, el conflicto de actitudes se resuelve en entendidos prácticos. Las compulsiones de la pobreza provocan los dos aspectos de la dualidad. A su vez, por tal razón termina por definirse el escaso margen de socialización de la familia.
- (42) Así se desprende de una encuesta del CIAS, según la cual, a nivel nacional, el 62% de estudiantes de secundaria consideró que el padre no daba buen ejemplo, contra un 34% a favor. Las madres, en cambio, fueron ponderadas positivamente con un abrumador 82%. CIAS, "¿Creciente desintegración....", pp. 197 y ss.
- (43) Rafael Valera Benitez (ed.), Complot develado, Santo Domingo, Fundación Testimonio, 1984.
- (44) Varios autores, "Análisis del movimiento revolucionario dominicano, Bases para la unidad", Realidad Contemporánea, Año I, N°5-7 (1978), pp.13-53.

- (45) Enrique de León, "El movimiento estudiantil dominicano: consideraciones críticas sobre su pasado, presente y futuro" (Ponencia en Seminario Situación y Perspectivas de la Juventud Dominicana, 15-16 noviembre 1985), Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) (mimeografiado).
- (46) Marcos Villamán y Héctor Cabrera, "Formas y alcances de la organización juvenil en la República Dominicana" (Ponencia en el Seminario Situación y Perspectivas...)
- (47) Juventud Estudiantil Católica, Jornada Nacional, Jarabacoa, 1975 (mimeografiado).
- (48) Cfr. Julio Sánchez M., "Juventud y participación en República Dominicana: el reto a una sociedad" (Ponencia al Seminario Situación y Perspectivas...).
- (49) Antonio E. de Moya describe el fenómeno, aunque lo restringe a los estímulos deliberados del sistema. Por tal razón, excluye del mismo al grueso de la juventud, enfatizando en la virtual existencia de salidas positivas a corto plazo. Antonio E. de Moya, "Cultura juvenil y recreación: el caso dominicano" (Ponencia en el Seminario Situación y Perspectivas...).
- (50) Si se adoptan como indicador las informaciones sobre delincuencia juvenil, se deriva que comenzó a experimentar un crecimiento significativo en 1983, después de varios años de estancamiento. Véase Ana Josefina Alvarez, Análisis de la delincuencia en niños y adolescentes en el Distrito Nacional durante los años 1979-junio 1983, S.D., Secretaría de Estado de Salud Pública y Asistencia Social, s/f (mimeografiado).

A N E X O E S T A D I S T I C O

CUADRO No.1

EVOLUCION GLOBAL DE LA POBLACION

1920 - 1981

	<u>POBLACION TOTAL</u>	<u>%</u>	<u>URBANA</u>	<u>%</u>	<u>% DEL TOTAL</u>	<u>RURAL</u>	<u>%</u>
1920	894,665	3.4	148,894	3.96	16.6	745,771	3.29
1935	1,479,417		266,565	4.40	18.0	1,212,852	1.97
1950	2,135,872	3.6	508,408	6.22	23.8	1,627,464	2.66
1960	3,047,070	3.0	929,940	5.53	30.5	2,117,130	1.33
1970	4,009,458	2.9	1,593,299	5.71	39.7	2,416,159	1.01
1981	5,647,977		2,935,860		52.0	2,712,117	

FUENTES: Censos de Población.

CUADRO No.2
ESTRUCTURA DE LA POBLACION POR GRANDES GRUPOS
DE EDADES
(Distribución Porcentual)

	<u>1950</u>	<u>1960</u>	<u>1970</u>	<u>1981</u>
0 -14	44.1	47.3	47.6	40.7
15 - 24	19.1	17.8	19.3	22.4
25-39	17.9	18.1	16.5	18.4
40-59	13.8	11.8	11.6	13.1
60 y más	5.1	5.0	4.9	5.4
TOTAL				

FUENTE: Censos de Población.

CUADRO No. 3

TASA BRUTA DE MORTALIDAD Y TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD SEGUN
PERIODOS QUINQUENALES 1950-1980

<u>PERIODOS</u> <u>QUINQUENALES</u>	<u>T.B.M.</u>	<u>T.G.F.</u>
1950-55	21.8	7.5
1955-60	18.5	7.5
1960-65	15.4	7.3
1965-70	13.1	7.0
1970-75	11.0	6.3
1975-80	9.1	4.8

FUENTE: ONE-CELADE. República Dominicana: Proyecciones de población por sexo y grupos de edad 1950-2000 (Mimeografiado).

CUADRO No.4
NIVELES DE FECUNDIDAD SEGUN ZONA DE RESIDENCIA

	<u>URBANA</u>	<u>RURAL</u>
1962 - 64	5.97	7.91
1967 - 69	5.24	7.77
1972 - 74	3.90	6.92
1974 - 75	3.6	6.9
1979 - 80	3.3	5.7
Total descenso %	44.7	27.9

FUENTE: Guzmán, José Miguel, "Cada vez menos hijos: tendencias de la fecundidad en la República Dominicana 1960 - 1980" en Población y Sociedad (Seminario Nacional 1983)

CUADRO No.5

POBLACION DE LOCALIDADES URBANAS, SEGUN TAMAÑO .

	<u>1 9 2 0</u>	<u>1 9 6 0</u>	<u>1 9 7 0</u>
	<u>Localidades Población</u>	<u>Localidades Población</u>	<u>Localidades Población</u>
500,000 habitantes o más	-	-	1
100,000 a 499,999	1	369,980	1
50,000 a 99,999	1	85,640	-
20,000 a 49,999	1	30,943	5
10,000 a 19,999	2	30,954	9
5,000 a 9,999	4	25,590	8
2,000 a 4,999	6	20,659	38
1,000 a 1,999	17	26,326	23
500 a 999		14,422	10
Total	148,894	922,090	1,593,299

FUENTE: Censos de Población.

CUADRO No.6

POBLACION POR SEXO Y PORCENTAJE DE INCREMENTO POBLACIONAL
EN EL PERIODO INTERCENSAL, SEGUN REGIONES, SUBREGIONES Y
PROVINCIAS, CENSOS DE 1970 Y 1981

Región y subregión y Provincia	Población		Incremento Poblacional %
	Censo de 1970	Censo de 1981	
TOTAL PAIS.....	4,009,458	5,647,977	40.9
Región Cibao.....	1,798,644	2,242,665	24.7
Subregión Cibao Central.....	1,005,818	1,306,189	29.9
Espaillat.....	140,508	164,017	16.7
La Vega.....	293,573	385,043	31.2
Puerto Plata.....	186,112	206,757	11.1
Santiago.....	385,625	550,372	42.7
Subregión Cibao Central.....	546,500	639,630	17.0
Duarte.....	200,478	235,544	17.5
María Trinidad Sánchez.....	97,109	112,629	16.0
Salcedo.....	89,204	99,191	11.2
Samaná.....	53,420	65,699	23.0
Sánchez Ramírez.....	106,289	126,567	19.1
Subregión Occidental.....	246,326	296,846	20.5
Dajabón.....	51,069	57,709	13.0
Monte Cristi.....	69,056	83,407	20.8
Santiago Rodríguez.....	49,376	55,411	12.2
Valverde.....	76,825	100,319	30.6
Región Suroeste.....	557,386	719,681	29.1
Subregión Enriquillo.....	222,574	271,570	22.0
Bahoruco.....	66,398	78,636	18.4
Barahona.....	111,162	137,160	23.4
Independencia.....	32,632	38,768	18.8
Pedernales.....	12,382	17,006	37.3
Subregión del Valle.....	334,812	448,111	33.8
Azua.....	90,590	142,770	57.6
Elías Piña.....	53,598	65,384	22.0
San Juan.....	190,624	239,957	25.9
Región Sureste.....	1,653,428	2,685,631	62.4
Subregión de Valdesia.....	1,266,237	2,164,994	70.9
Distrito Nacional.....	813,420	1,550,739	90.6
Peravia.....	128,144	168,123	31.2
San Cristobal.....	324,673	446,132	37.4
Subregión del Yuma.....	387,191	520,637	34.5
El Seibo.....	135,156	157,866	16.8
La Altagracia.....	88,231	100,112	13.5
La Romana.....	58,341	109,769	88.2
San Pedro de Macorís.....	105,463	152,890	45.0

FUENTE: Censo Nacional de Población y Vivienda 1981.

CUADRO No.7

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION POR AREA DE RESIDENCIA SEGUN GRANDES GRUPOS DE EDADES Y DE LA PROVINCIA DEL DISTRITO NACIONAL 1981

	<u>Población total</u>	<u>Urbana</u>	<u>Rural</u>	<u>D.N.</u>	<u>La Romana</u>	<u>Independencia *</u>
0 - 14	40.6	38.3	43.8	36.6	36.1	46.0
15-24	22.5	24.5	20.4	24.5	25.5	21.0
25-39	18.5	20.1	16.7	22.2	20.3	15.0
40-59	12.9	12.7	13.1	12.5	12.5	12.0
60 y más	5.5	4.4	6.0	4.2	5.6	6.0
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTE: Censo de Población 1981.

* Así como el Distrito Nacional y La Romana tipifican las provincias más industrializadas, Independencia tipifica la región más deprimida y atrasada del país, la Suroeste.

Dado que la información publicada del Censo de 1981 no discrimina la población total urbana y rural de cada provincia, se ha asumido la distribución por edades de toda la provincia. El criterio es bastante válido por cuanto las dos primeras provincias son esencialmente urbanas y la última esencialmente rural.

CUADRO No. 8
 DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION POR AREA DE
 RESIDENCIA Y SEXO, SEGUN GRANDES GRUPOS DE EDADES
 1 9 8 1

	POBLACION TOTAL		URBANA		RURAL	
	<u>H</u>	<u>M</u>	<u>H</u>	<u>M</u>	<u>H</u>	<u>M</u>
0 - 14	40.9	40.4	38.8	37.8	42.9	44.9
15-24	21.9	23.1	23.6	25.3	20.3	20.5
25-39	18.3	18.7	20.0	20.3	16.6	16.7
40-59	13.3	12.5	12.8	12.5	13.8	12.5
60 y más	5.6	5.3	4.8	4.1	6.4	5.4
TOTAL	<u><u>100.0</u></u>	<u><u>100.0</u></u>	<u><u>100.0</u></u>	<u><u>100.0</u></u>	<u><u>100.0</u></u>	<u><u>100.0</u></u>

FUENTE: Censo de Población.

CUADRO No. 9

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION DE 5 AÑOS Y MAS* SEGUN NIVEL DE INSTRUCCION, POR SEXO. 1960, 1970, 1981

Nivel de Instrucción	1 9 6 0		1 9 7 0		1 9 8 1	
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Sin instrucción	43.7	43.2	44.1	31.5	31.4	31.6
Primaria	49.3	49.3	49.2	47.9	47.5	48.3
Intermedia	4.4	4.5	4.3	6.0	6.2	5.8
Secundaria	2.1	2.2	2.1	4.1	4.1	4.0
Superior	0.5	0.7	0.2	1.1	1.3	0.8
No especificado	-	-	-	9.4	9.5	9.4
				Total	Hombres	Mujeres
				28.6	29.0	28.0
				47.5	47.5	47.5
				10.4	10.5	10.4
				10.1	9.5	10.8
				3.3	3.6	3.1

FUENTE: Censos de Población

* Puesto que las informaciones publicadas del Censo de 1981 no presentan exactamente esta distribución, se ha procedido a sumar las tabulaciones de la población de 5 años y más que asiste a Centros Educativos con la de 15 años y más que asistió. Esta aproximación estaría dejando fuera a la población entre 5 y 15 años que asistió a la escuela pero ya no asiste, por lo que la ponderación de la primaria podría estar algo subestimada.

CUADRO No.10

POBLACION DE 5 AÑOS Y MAS* POR ASISTENCIA ESCOLAR Y SEXO SEGUN NIVEL EDUCATIVO

1 9 8 1

Nivel Educativo	T O T A L		H O M B R E S		M U J E R E S	
	No asistió	Asistió Asiste	No Asistió	Asistió Asiste	No asistió	Asistió Asiste
	1,372,705		695,662		677,043	
Primaria	981,322	1,295,939	489,192	649,997	492,130	645,942
Intermedia	239,470	260,834	128,469	123,775	110,001	137,059
Secundaria	205,181	281,209	99,698	128,187	105,483	153,022
Superior	55,287	103,138	31,188	54,177	24,099	48,961

* El nivel educativo de la población que asistió esta definido para la población de 15 años y más.

CUADRO No.11

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION DE 5-a a 29 AÑOS POR ZONA,
SEGUN SEXO Y ASISTENCIA ESCOLAR.CENSO DE 1981

Sexo y asistencia escolar	Distribución porcentual de la población de 5 a 29 años.	
	Total	Urbano rural
Amos sexos	100.0	100.0 100.0
Asiste.....	54.4	62.0 45.7
Asistió.....	21.3	23.3 19.1
Nunca asistió.....	24.3	14.7 35.2
Hombres.....	100.0	100.0 100.0
Asiste.....	53.6	62.2 45.0
Asistió.....	20.4	22.5 18.4
Nunca asistió.....	26.0	15.3 36.6
Mujeres.....	100.0	100.0 100.0
Asiste.....	55.1	61.8 46.6
Asistió.....	22.1	24.0 19.8
Nunca asistió.....	22.8	14.2 33.6

CUADRO No.12
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION DE 10 AÑOS Y MÁS,
POR ZONA DE RESIDENCIA, SEGUN CONDICION DE ALFABETISMO

CONDICION DE ALFABETISMO Y SEXO	DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION DE 10 AÑOS Y MAS					
	1 9 7 0			1 9 8 1		
	TOTAL	URBANA	RURAL	TOTAL	URBANA	RURAL
Ambos Sexos	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Alfabetos	66.3	78.5	56.4	73.9	83.8	62.4
Analphabetos	33.7	21.5	43.6	26.1	16.2	37.6
<u>VALORES ABSOLUTOS</u> (En miles de personas)						
Población de 10 AÑOS Y Más	2,672.4	1,102.9	1,569.5	4,095.2	2,199.1	1,896.1
Alfabetos	1,771.9	866.0	885.9	3,026.3	1,842.8	1,183.2
Analphabetos	900.5	236.9	683.6	1,068.9	356.8	712.9

FUENTE: Oficina Nacional de Estadística (ONE)

1970: República Dominicana en Cifras 1980

1981: Censo de Población

CUADRO No.13

PORCENTAJE DE ANALFABETOS POR SEXO, SEGUN GRANDES GRUPOS DE EDAD

GRUPOS DE EDAD	1 9 7 0			1 9 8 1		
	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
10 - 14	32.4	27.1	29.8	19.4	15.3	17.4
15 - 24	21.9	20.6	21.2	18.9	16.1	17.5
25 - 39	24.3	30.6	27.5	23.3	24.1	23.7
40 - 59	41.0	50.4	45.4	33.6	41.4	37.4
60 y Más	60.5	65.9	63.1	57.4	63.8	60.5

FUENTE: Oficina Nacional de Estadística (ONE)
 1970: República Dominicana en Cifras 1980
 1981: Censo de Población

CUADRO No.14

TASAS DE ACTIVIDAD, DE LA POBLACION DE 15 AÑOS Y MAS SEGUN GRANDES

GRUPOS DE EDADES Y SEXO

1960, 1970, 1981

	<u>1960</u>	<u>1970</u>	<u>1981</u>
HOMBRES			
15 - 19	70.1	59.5	45.8
20 - 24	95.0	85.3	73.9
25 - 39	98.3	97.1	88.2
40 - 59	98.0	90.1	89.9
60 y más	79.4	79.4	82.1
MUJERES			
15 - 19	9.0	27.2	20.4
20 - 24	12.2	32.6	33.3
25 - 39	12.3	32.3	36.4
40 - 59	11.9	28.3	31.1
60 y más	6.2	23.5	28.2

CUADRO No.15
TASAS DE ACTIVIDAD POR GRUPOS DE EDAD Y SEXO
 1 9 8 0

GRUPOS DE EDAD	ENCUESTA URBANA 1980			ENCUESTA RURAL 1980		
	TOTAL	MASCULINO	FEMENINO	TOTAL	MASCULINO	FEMENINO
10 - 14	5.7	8.0	3.6	25.7	32.7	17.8
15 - 19	29.6	41.7	19.4	58.6	56.0	20.5
20 - 24	57.0	73.8	41.6	72.6	93.7	50.9
25 - 29	65.5	88.0	45.6	73.4	97.7	50.4
30 - 34	66.5	91.2	44.9	74.9	98.3	49.8
35 - 39	68.7	94.1	46.2	73.9	98.8	48.8
40 - 44	64.4	92.8	38.6	71.7	97.9	43.3
45 - 49	63.2	92.7	37.2	71.5	95.3	48.6
50 - 54	55.6	88.1	24.1	70.1	96.0	36.6
55 - 59	45.9	97.7	28.3	66.7	94.0	32.5
60 - 64	42.9	72.1	20.8	68.3	89.5	35.1
65 - 69	34.1	57.0	11.7	58.4	84.2	28.5
70 - 74*	19.3	37.8	9.6	52.4	75.8	22.9
75 y más	-	-	-	28.9	46.1	11.6
T O T A L	<u>44.6</u>	<u>62.7</u>	<u>28.6</u>	<u>58.6</u>	<u>77.6</u>	<u>38.0</u>

* En el caso de la Encuesta Urbana es de 70 años y más

FUENTE: ONE y ONAPLAN, en Isidor^o Santana, "Empleo y Juventud...", Pág. 7

CUADRO No. 16

TASAS DE DESEMPLEO DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA DE 15 AÑOS Y MAS,

SEGUN GRANDES GRUPOS DE EDADES Y SEXO

1970, 1981

	<u>1 9 7 0</u>	<u>1 9 8 1</u>
HOMBRES		
15 - 19	27.8	25.8
20 - 24	22.4	19.7
25 - 39	19.1	14.7
40 - 59	19.3	13.9
60 y más	21.6	16.5
TOTAL P.E.A.	22.4	17.8
MUJERES		
15 - 19	27.7	24.4
20 - 24	25.1	21.3
25 - 39	21.9	16.2
40 - 59	25.9	15.2
60 y más	33.1	3.2
TOTAL P.E.A.	29.0	19.2

Fuente: Censos de población

CUADRO No.17

TASAS DE DESEMPLEO DE LA PEA POR GRUPOS DE EDAD Y SEXO 1980

GRUPOS DE EDAD	ESCUESTA URBANA 1980			ENCUESTA RURAL 1980		
	TOTAL	MASCULINO	FEMENINO	TOTAL	MASCULINO	FEMENINO
10 - 14	17.7	14.5	26.8	38.7	28.1	60.8
15 - 19	35.4	29.6	45.8	42.6	26.8	72.7
20 - 24	29.1	25.4	35.2	31.8	15.1	63.1
25 - 29	16.6	14.7	19.9	24.7	10.9	52.4
30 - 34	14.7	12.2	18.9	24.7	10.9	52.4
35 - 39	12.3	9.2	18.1	19.3	9.9	40.0
40 - 44	11.4	9.9	14.6	19.3	9.9	40.0
45 - 49	11.4	9.0	17.4	12.8	3.9	34.9
50 - 54	12.5	12.4	13.0	12.8	3.9	34.9
55 - 59	9.5	10.2	7.7	11.6	6.3	32.7
60 - 64	7.5	9.4	2.3	11.6	6.3	32.7
65 - 69	14.2	15.0	11.4	11.1	7.6	25.3
T O T A L	19.0	16.3	24.4	26.1	14.0	53.0

FUENTE: ONAPLAN y ONE

CUADRO No.18

EVOLUCION DE LA POBLACION OCUPADA, SEGUN SECTOR DE ACTIVIDAD

SANTO DOMINGO. 1980-1983

SECTOR	DISTRIBUCION OCUPADA		DISTRIBUCION PORCENTUAL		(%) TASA CRECIMIENTO
	1980	1983	1980	1983	1980-1983
Gobierno	81,919	87,411	24.6	22.2	2.5
Moderno	122,545	129,148	36.8	32.8	2.0
Informal	88,912	127,967	26.7	32.5	14.8
Doméstico	37,962	45,674	11.4	11.6	7.3
Otros	1,665	3,544	0.5	0.9	-
T O T A L	333,033	393,744	100.0	100.0	6.6

FUENTE: Encuesta Febrero, 1983 y Encuesta Junio, 1980, en ^{PREALC} , La Situación....

CUADRO No.19

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA TOTAL Y JOVEN,

SEGUN CATEGORIA OCUPACIONAL

1960, 1970, 1981

<u>CATEGORIA OCUPACIONAL</u>	<u>1 9 6 0</u>	<u>1 9 7 0</u>	<u>1 9 8 1</u>
EMPLEADO			
pea Total	44.0	39.1	55.1
15 - 19	43.1	34.4	54.9
20 - 24	53.7	46.0	64.5
EMPLEADOR			
pea Total	0.9	2.7	1.7
15 - 19	0.1	0.9	0.8
20 - 24	0.2	1.6	1.0
TRABAJ. CUENTA PROPIA			
pea Total	43.9	27.4	37.5
15 - 19	10.2	14.2	33.8
20 - 24	26.1	21.5	28.2
TRABAJ. FAMILIAR NO REMUNERADO			
pea Total	11.1	6.0	3.6
15 - 19	46.6	15.1	6.8
20 - 24	20.0	7.8	3.7
OTRA CATEGORIA O IGNORADO			
pea Total	-	24.7	2.2
15 - 19	-	35.3	3.7
20 - 24	-	23.2	2.6

CUADRO No. 20

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA TOTAL Y JOVEN,
POR ZONA DE RESIDENCIA SEGUN CATEGORIA OCUPACIONAL

1 9 8 1

<u>CATEGORIA OCUPACIONAL</u>	<u>ZONA URBANA</u>	<u>ZONA RURAL</u>
EMPLEADO		
pea Total	69.7	36.5
15 - 19	70.7	36.6
20 - 24	77.1	43.5
EMPLEADOR		
pea Total	2.0	1.2
15 - 19	0.9	0.6
20 - 24	1.1	0.8
TRABAJ. CUENTA PROPIA		
pea Total	24.8	53.6
15 - 19	21.8	47.7
20 - 24	18.3	44.5
TRABAJ. FAMILIAR NO REMUNERADO		
pea Total	2.3	5.1
15 - 19	4.5	9.4
20 - 24	2.3	6.1
OTRA CATEGORIA O IGNORADO		
pea Total	1.1	3.6
15 - 19	2.1	5.6
20 - 24	1.2	5.1

CUADRO No.21

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA TOTAL Y JOVEN POR SEXO, SEGUN CATEGORIA OCUPACIONAL 1960, 1981

<u>CATEGORIA OCUPACIONAL</u>	1 9 6 0		1 9 8 1	
	<u>HOMBRES</u>	<u>MUJERES</u>	<u>HOMBRES</u>	<u>MUJERES</u>
EMPLEADO				
pea Total	40.6	72.7	50.1	67.1
15 - 19	36.7	87.3	49.5	65.9
20 - 24	49.1	85.5	57.3	79.3
EMPLEADOR				
pea Total	1.0	0.5	1.9	1.2
15 - 19	0.0	0.1	0.7	0.9
20 - 24	0.2	0.2	1.1	0.8
TRABAJ. CUENTA PROPIA				
pea Total	46.4	22.4	42.4	25.4
15 - 19	11.0	4.6	38.7	23.8
20 - 24	28.4	10.5	34.7	14.6
TRABAJ. FAMILIAR NO REMUNERADO				
pea Total	12.0	4.3	2.7	5.3
15 - 19	52.3	7.9	6.2	6.1
20 - 24	22.3	3.9	3.4	4.4
OTRA CATEGORIA O IGNORADO				
pea Total	-	-	2.7	1.0
15 - 19	-	-	4.8	1.2
20 - 24	-	-	3.5	0.9

CUADRO NO.22

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA P.E.A.* POR SEXO? SEGUN OCUPACION Y PEA TOTAL.
O JOVEN, 1960, 1970, 1981

OCUPACION	AMBOS SEXO			HOMBRES			MUJERES		
	1960	1970	1981	1960	1970	1981	1960	1970	1981
PROFESIONALES, TECNICOS Y A FINES									
pea Total	2.8	2.8	4.3	1.5	2.0	3.1	13.9	5.1	7.4
15 - 19	1.4	0.8	1.5	0.5	0.4	0.9	7.9	1.7	2.7
20 - 24	3.7	3.5	5.3	1.2	2.2	3.8	20.4	6.8	8.3
GERENTES, ADMINISTRADORES Y DIRECTORES									
pea Total	0.4	0.3	1.1	0.4	0.3	1.3	0.4	2.4	0.8
15 - 19	0.0	0.0	-	0.0	0.0	-	0.1	0.1	-
20 - 24	0.0	0.2	0.0	0.1	0.3	0.0	0.1	0.1	0.0
EMPLEADOS DE OFICINA Y A FINES									
pea Total	3.3	6.7	5.4	2.7	6.3	4.2	8.2	7.9	8.5
15 - 19	2.5	3.7	3.1	1.9	3.5	2.5	6.6	4.1	4.3
20 - 24	4.8	8.6	8.1	3.7		5.2	12.8	12.0	14.0
VENEDORES Y A FINES									
pea Total	5.6	5.1	7.5	5.0	5.5	7.7	10.4	4.0	6.9
15 - 19	4.2	3.6	7.9	4.3	4.1	9.3	3.8	26.3	5.0
20 - 24	4.5	5.1	8.6	4.1	5.7	9.0	7.3	3.6	7.9
AGRICULTORES, CANADEROS, ETC									
pea Total	61.5	45.5	24.0	67.8	51.1	30.6	9.8	29.5	7.9
15 - 19	68.5	47.3	17.5	77.4	55.9	24.3	8.3	28.9	3.3
20 - 24	56.0	41.5	15.9	63.1	40.1	22.3	6.7	24.5	2.5
CONDUCTORES Y A FINES									
pea Total	2.3	3.2	3.0	2.5	4.0	4.2	-	1.0	0.1
15 - 19	0.4	0.7	0.6	0.4	0.9	0.9	-	0.4	0.0
20 - 24	1.4	3.1	2.4	1.6	3.9	3.5	-	1.0	0.2
ARTESANOS Y OPERARIOS EN IND.**									
pea Total	7.0	7.0	9.8	6.8	7.6	11.5	8.7	5.1	5.8
15 - 19	4.7	6.7	11.1	4.8	8.3	14.5	4.2	3.3	4.2
20 - 24	6.8	8.7	13.1	6.9	10.0	16.1	6.2	5.4	7.0
OTROS ARTESANOS Y OPERARIOS									
pea Total	1.7	4.3	2.9	1.4	5.2	3.2	4.2	1.7	2.2
15 - 19	1.2	3.2	3.2	0.1	4.0	4.1	2.9	1.5	1.4
20 - 24	1.6	4.2	3.7	1.3	5.2	4.3	3.2	1.7	2.3
OBREROS Y JORNALEROS									
pea Total	3.5	5.5	3.6	3.8	4.4	4.6	1.6	8.8	1.3
15 - 19	2.4	6.5	3.5	2.6	5.1	4.7	0.7	9.6	1.0
20 - 24	3.8	6.0	4.1	4.2	4.7	5.4	0.9	9.2	1.4
TRABAJ. EN SERVICIOS PERSONALES									
pea Total	6.2	5.2	11.6	1.9	2.6	4.4	41.7	12.5	29.1
15 - 19	9.5	7.3	15.0	1.4	2.0	3.4	64.4	18.6	39.2
20 - 24	6.4	6.0	12.6	1.4	2.9	4.0	41.3	14.5	30.5
OTROS NO ESPECIFICADAS									
pea Total	5.6	14.4	26.6	6.2*	11.0	25.2	0.9	24.2	30.1
15 - 19	5.0	20.1	36.6	5.7*	15.3	35.4	1.0	29.2	38.8
20 - 24	10.5	12.9	26.2	12.2	9.8	26.1	1.0	21.1	25.9

* Excluye las personas que buscan trabajo por primera vez

** Se refiere a los ocupados en hilandería, confección de vestuario y calzado, la industria de la construcción, mecánica y artes gráficas.

